

**UN POCO DE PEYOTE o CRONICAS Y
REPORTAJES DESDE EL VALLE DEL PEYOTE o UN
ENCUENTRO CON EL YO, EL ELLO Y EL SUPER EGO,
o EL DESIERTO DE CATORCE**

Por Centéotl Ehécatl, el Viento de Maíz

**Este libro está dedicado
con todo cariño a mis amigos
Abimael Ruiz e Isaac Rosas,
o quizás no está dedicado a
ellos.**

INTRODUCCION

Este libro pretende ser una novela crónica hasta donde las vívidas experiencias lo permitan, o quizás no lo pretende ser, sino solamente un agradecimiento y un recuerdo para que aquellos quienes intervinieron situacionalmente recuerden lo que se tiene que recordar, o no recuerden nada, o se olviden de todo lo que hay en el mundo o simplemente rían un poco acerca de la nada que existe perennemente para todos nosotros.

En busca de la objetividad trataré de no alterar los hechos ni la manera en cómo sucedieron, no obstante, y como en este caso particular no puedo ser un narrador omnisciente ni omnipresente, la historia la manejaré en primera persona, con mis puntos de vista personales y la manera en como mi subjetividad logre captar desde mi punto de vista los acontecimientos que se llevaron a cabo.

Puede ser, sin embargo, que solamente logre capturar con palabras una mínima parte de lo que cambió nuestras vidas, nuestros puntos de vista.

Puede ser, por otra parte, que solamente logre capturar con palabras una mínima parte de lo que no cambió nuestras vidas, nuestros puntos de vista.

De cualquier manera está bien, al menos para mí, y espero que al menos para los demás está bien también.

No pretende ser un escrito comercial ni venderse en alguna librería de tercera o algún puesto de revistas ni mucho menos, o tal vez si lo pretenda, o tal vez no, y de cualquier manera está bien porque se ha escrito para recordar y olvidar, o para no recordar y no olvidar la tierra que nos brindó una rara experiencia, o que tal vez no nos brindó nada, o que quizás solamente nos dio un poco de lo mucho que nos podría haber dado a nuestros pensamientos.

Así pues, espero, o tal vez no lo espero, que disfruten el libro que a continuación están a punto de leer, o que tal vez no lean, o que quizás no abran jamás, o que tal vez jamás se enteren de que existió.

DESDE AQUI TE CUIDO LENY

Tomé la cajetilla de cigarros y se la arrojé como pude. La araña se volteó panza arriba y se hizo la muerta. La observé por algunos segundos, luego comencé a aventarle cerillos encendidos para ver si acaso podía pegarle: los fósforos caían a unos cuantos centímetros de ella, pero no la tocaban, extrañamente empezaban a formar un círculo a su alrededor.

Dondequiera que estuviera había círculos; no sabía su significado pero algo mágico había dentro de ellos: había hecho dos en el desierto, luego otro con las piedritas que recogí para mi novia, y ahora éste tercero que sin querer adquiriría la forma de un perfecto círculo mágico.

Le aventé un cerillo más al arácnido, pero no se inmutó, me arrebujé contra las sábanas de la cama y toqué mi frente: ardía en fiebre, quizás por la insolación, o tal vez por los desconocidos efectos del peyote que trataba de examinar a fondo.

Segundos más tarde se puso de pie y comenzó a correr hacia la sucia pared. Ya no tenía nada para aventarle, pues de la

otra cajetilla es de donde fumaba los cigarros, y la pequeña cajita de fósforos la usaba para encenderlos.

Me dolían tanto los músculos de las piernas, de la cintura, los pies y el alma, que hasta pereza me daba ponerme en pie y apachurrar al bicho, además, estaba en calcetines, y corría el riesgo de ser mordido cuando intentara alcanzar mi tenis para darle muerte.

Corrió hasta la pared y se quedó quietecita: me veía, o quizás solamente buscaba algún insecto para saciar su sed y su hambre.

Había perdido la fobia a las arañas de un momento para otro, y no sabía por qué ni podía explicarlo del todo bien: suponía que el cansancio físico, y la marea de ideas que atormentaban mi cerebro en esos momentos hacían que sintiera tanta pereza como para sentir miedo.

Me llevé la mano a la frente y volví a palpar la fiebre que me hacía estremecer, tiritar y cubrirme los pies para aminorar el frío que se entraba por la puerta y la ventana abierta.

Quizás debía cerrarlas, pero aparte del cansancio me podría producir un cierto temor estar encerrado en ese cuartucho de cinco mil pesos la noche. No, no las cerraría.

Escuchaba al español reír junto con el noruego afuera: los había visto cenar antes de acostarme: una escena bastante cómica, o bien para recordarse por algún tiempo: en el pedazo de madera que estaba afuera, y que simulaba a donde se amarra a las mulas o a los caballos, y donde habíamos estado sentados hacía no mucho, servía ahora para que cenaran pan con mermelada, un poco de queso y agua. Sentados uno enfrente del otro, con una vela en medio, charlaban de mil estupideces que ya habían contado más de cuatro veces consecutivas.

Los oía hablar y los oía reír, pero no alcanzaba a escuchar lo que sus voces decían ni mucho menos, y estaba demasiado cansado como para ir a ver lo que hacían, además, no quería ser inoportuno o que pensarán en el último de los casos que los espiaba ni mucho menos.

Mis piedras en el piso formaban un círculo, y la araña se mantenía quieta recargada contra la pared. Quizás si Abimael o

Isaac estuvieran conmigo en estos momentos, ellos le darían muerte con el solo hecho de que se los pidiera, pero hacía rato que se habían salido, y hacía rato que me habían invitado a acompañarlos.

Me negué de buena gana, y les dije que los esperaría donde estaba ahora por varias razones. La primera, y como ya lo dije muchas veces, debido al terrible dolor en las piernas. La segunda se remontaba a los peligros que podía encontrar allá afuera: arañas como el tamaño de una mano, cubiertas de pelos y fatalmente repulsivas, insectos que ronchaban la piel con solamente acercarse un poco a ella. La tercera era algo más místico; un encuentro conmigo mismo; un choque donde yo era el único que podía resolver mis problemas.

Vi a la araña y la sentí crecer un poco. Recordé aquella vez en el aeropuerto internacional de Moscú, cuando un tipo no nos había dejado dormir por sus gritos de angustia y de histeria. Si bien nos había explicado la guía, el problema de aquel gritón se remontaba a un trastorno mental donde sienten que miles de animalitos pequeños se lo devoran en vida, o un animal gigantesco se lo come a pedazos. Yo tenía miedo de que me sucediera lo mismo, de que de pronto empezara a imaginar cientos de minúsculas arañas que me comían, o una araña gigantesca que no me dejara de mirar como almuerzo.

Observé bien y la pequeña araña: continuaba de su mismo tamaño, y de cualquier forma, y si acaso no hubiera estado del tamaño como la vi al principio, no habría tampoco mucho de qué preocuparse, pues sabía que la había alucinado por completo.

Era extraño estar bajo el efecto del peyote, y tal vez si no lo hubiera mezclado con la marihuana que le compré al Camarón no me sentiría tan mal en esos momentos. No obstante, reconocía los efectos de la hierba cuando se fuma, y ya se habían ido de mi cerebro hacía no mucho. Estaba seguro de que ahora sufría los estragos del peyote y la resaca de la marihuana en mi cerebro.

No había mucho por hacer, pero no me resignaba a disfrutar lo que vivía en esos momentos, sino a cuestionarlo todo y a darle una explicación más bien coherente y un tanto científica. Pero todo era tan confuso en esos precisos instantes;

la realidad era tan frágil y endeble, que lo poco que podía hacer en ese deplorable estado, no era sino aguardar a que el enervante efecto me dejara de una buena vez en paz: para lo cual tendría que esperar mucho, mucho tiempo todavía.

Miré a la araña nuevamente y se echó a correr hacia donde ya no pude verla ni sentirla. Había sido una gran bendición que la hubiera visto cuando se fue en dirección a la otra cama, pues así no me habría asustado cuando volteara y no la viera. Seguramente, y de eso no cabía la menor duda, me habría puesto de paranoico, y las sábanas, y cada vez que rozaban mi piel hubieran sido la araña que escaló por las patas metálicas que sostenían el desvencijado colchón en el que trataba de tranquilizarme.

Me llevé la mano al corazón y sentí los apresurados latidos que presumían una anormal normalidad. Cuando menos ya habían disminuido bastante, y cuando menos podía decir que los efectos de la mota ya habían desaparecido por completo.

Busqué la araña con la mirada, pero no vi rastro alguno de ella por ninguna parte.

Un ciento de palomillas revoloteaban alrededor del foco, como si danzaran y veneraran la luz y el calor que emitía.

El español tosió fuertemente. Yo tosi también, luego suspiré profundamente. Me costaba un tanto de trabajo respirar, y como vahídos que nacen en mitad del pecho, los sentía llegar tan a menudo que me apuraba no poder controlarlos. Recordaba que a mi madre le sucedía algo similar desde su delicada operación, y temía que a mi sucediera lo mismo por el resto de mi vida. No era tan malo, y por lo menos iba con mi personalidad de romántico, de intelectual y de poeta.

Los escalofríos recorrían mi cuerpo como hilos de agua helada que de pronto se desprenden del mismo cuerpo y buscan una salida o una entrada nuevamente.

Pero es que todo era tan confuso en esos momentos. Y Abimael e Isaac que no llegaban, y que ya se habían tardado demasiado tiempo allá afuera, en el frío, en la soledad. ¿Qué hacían allá? ¿Por qué diablos tardaban tanto?: tal vez se habían internado nuevamente en el desierto para experimentar sensaciones nuevas y extrañas. O quizás hablaban de mí... no;

eso hubiera pensado con los efectos de la marihuana, no con los del peyote. Seguramente buscaban el camino para hacerse guerreros como Castaneda, y como ellos me lo habían platicado en el tren, decía.

Yo no quería ser guerrero, y renunciaba al honor con los ojos cerrados y sin pensarlo dos veces. Yo sólo quería alucinar con el peyote, y por lo que me daba cuenta, no había alucinado elefantes rosas o pajarillos que te acarician en el brazo como Ana me dijo que había sentido la primera vez que lo comió.

Maldito pueblo, maldito frío y maldita casucha en la que me refugiaba y me cubría con las viejas sábanas. Ya quería que amaneciera para tomar el único tren que me podía llevar de regreso a la casa. Ya quería que se me bajara el efecto del peyote.

No obstante, sabía que los pensamientos obsesivos conducían al terror, y no quería, por nada del mundo, comenzar a llorar o asustarme en verdad porque el efecto ya se prolongaba más de lo que había imaginado y esperado.

Todo era tan confuso ahora. Dios Santo: todo era tan desgraciadamente confuso ahora.

Busqué a la araña cerca de la pared, en el suelo o en la mesita donde la Virgen de Guadalupe reposaba junto a una bacinica, pero no vi rastro alguno del arácnido. Tal vez se había marchado, o tal vez se había metido en algún hoyo a dormir, o, simplemente, se había salido porque el olor a Raid que habían vaciado el día anterior todavía permanecía impregnado en el ambiente.

No debía preocuparme por ella, y más me valía no hacerlo para no comenzar un mal viaje del que no pudiera escapar.

La conversación de afuera, que parecía no iba a terminar jamás, me acompañaba en mi soledad. La verdad es que no quería estar solo porque me asustaba, pero bien me confortaba escucharlos hablar, reír, toser o murmurar cosas que sonaban como a las moscas horribles que nos perseguían en el desierto.

Tal vez debía dormir, pero otro miedo más se sumaba a la serie de temores que se me revelaban con filosos dientes y con miradas más bien terribles: si dormía cabía la posibilidad de que

no despertara jamás, y si no me sentía preparado aún para morir, menos para hacerlo con los ojos cerrados.

Quería morir con la poca conciencia de lo que sucedía. Este hecho también me había aterrorizado hacía no mucho: que mi corazón palpitaba tan fuerte que quería salirse del pecho.

Un paro cardíaco, con las industriales cantidades de cigarrillos que fumaba, era una idea que no se distanciaba mucho de la realidad, y que acosaba mis sentidos cada vez que un brazo se me dormía o un calambre me atravesaba el corazón y me susurraba que podía tratarse del infarto que siempre he esperado.

Me incorporé de lado y recargué la cabeza en la mano: todo lucía tan extraño, tan místico, tan confuso como las ideas que circundaban en mi interior y que no dejaban de incomodarme, de reventarme miles de neuronas y de cuestionarme hasta la estupidez más insignificante y en la que nunca reparé que podría meditar.

Miré la pared de enfrente para despejarme un poco las repetitivas ideas que me daban vueltas.

Un grafiti en ella: un tipo dibujado con carbón, o con lápiz o con plumón, ¿a quién diablos le importa?: una pared dibujada también que simulaba ladrillos, y el tipo aquel que asomaba medio cuerpo con un fusil en la mano. Tenía un recado escrito:

***Desde aquí te cuido
Leny***

Su mirada te seguía donde fuera que te movieras: era un dibujo mal hecho, como los grafiti de colores en la otra pared y en los cuadros de madera en la puerta de la entrada, pero tenía algo especial, algo que se proyectaba hacia quien lo leyera.

Me llevé la mano al cuello y sentí el colgijie que me había dado mi novia para que no me sucediera nada. Era bonito: de una tira de cuero amarrada al cuello pendía una piedrecilla color naranja con florcitas azules pintadas. Parecía sintético, pero el valor sentimental representaba más que ninguna otra cosa en el planeta para mí, y en esos momentos, era la prenda que me

ayudaba muchísimo a superar por lo que mi cerebro pasaba en esos instantes.

-Yo tengo quien me cuide a mí- Le susurré en silencio al dibujo de la pared. Miré hacia la puerta y cuidé de que nadie me observara, pues de ninguna manera quería que pensarán que alucinaba seres que solamente yo podía ver y con los cuales entablaba conversación.

-Pero si de todas maneras quieres cuidarme también- Proseguí sonriente -Acepto de buena gana tu ayuda-

El dibujo me pareció que me sonreía, y aunque aguardé por algunos segundos a que cortara cartucho y estuviera listo para disparar en algún caso de emergencia, no lo hizo. De cualquier manera me podía imaginar el susto que me llevaría si hubiera sucedido de esa forma.

Con la mano bien apretada en mi amuleto cambié de dirección la mirada: hacia el rincón donde una sábana doblada se empolvaba y se llenaba de animales.

Un ratón de campo salió de ella y echó a correr nerviosamente hacia la cama de enfrente. Lo vi tranquilamente, sin inmutarme y sin asustarme: no sabía si el ratón realmente estaba allí o era una sucia jugarreta de mis sentidos. Era raro, no como los ratones de ciudad, grises, negros o blancos. Este era amarillo, un poco café, con largas patas traseras, de modo que cuando corría lo hacía en dos patas. Se me figuraba un canguro enano, pero Australia estaba mucho muy lejos de Catorce y era más que imposible que se tratara de un canguro.

Era un ratón de campo, de eso no cabía la menor duda, y estaba plenamente convencido. La única duda era saber si el ratón era real o producto de mi imaginación.

Tal se vez lo debía comentar a Abimael, o tal vez me debía quedar callado y no decir nada. Sentía como si Abimael dudara si estaba o no bajo el efecto del peyote. Yo sentía lo mismo: por una parte no podía negar que estuviera drogado: se tragó siete peyotitos en el desierto y luego aparte comió del polvo de peyote que le habíamos comprado al Camarón. Sin embargo, a veces dudaba de su divague; ¿sentiría lo mismo que yo sentía en esos momentos?, ¿o estaría yo más lejano de la

realidad que ninguno?, ¿o lo que yo sentía era el efecto de la marihuana y no del peyote?

Entró el español en el cuarto.

-¿Cómo estás?- Me dijo. Quise reírme de la forma en como hablaba: lo hacía tan chistoso. Asentí con la cabeza sin contestar.

-Veo que te ha pegado duro, ¿eh?-.

-Bastante pesado- Respondí.

-¿Tenéis frío?-.

-Si- Dije.

-Sí, hace bastante frío-.

Hubo un largo silencio.

-Hay un ratón allí- Señalé con el dedo las cobijas del rincón.

-¿Un ratón dices?-.

Afirmé sin decir nada.

Caminó al rincón y se agachó. Levantó las cobijas una y otra vez, con movimientos tan repetitivos, tan estudiados y tan cómicos que me daban a suponer que el efecto enervante lo había puesto tan mal como a mí. Algo que me parecía imposible si reflexionaba que él fumaba más, había probado más drogas que yo en mi vida entera. Debía tratarse, sin lugar a dudas, de mi propio alucine.

-Pues yo no veo nada- Dijo -Se habrá marchado. Hay tantos animales aquí que no es para sorprenderse de un ratón-.

Lo miré. Otro largo silencio.

-¿Y tú qué tal?- Preguntó.

Asentí sin responder. No quería hablar para no equivocarme o decir una estupidez.

-¿Tenéis mota todavía?-.

-Está allá- Apunté con el dedo la mesita. Mi acento se había españolado un poco -Envuelta en papeles creo-.

Hurgó en el ciento de porquerías que yacían sobre la mesa y encontró el papel que envolvía la hierba.

-Me llevar mi pipa. Te la regalaba, pero tú sabes, es la única que tengo y no quisiera...-.

-Ay por favor- Exclamé -No te apures hombre, es tuya. Al contrario: gracias por sacarla-.

-¿Y qué tal está el peyote en polvo?-

Me reí. -¿Quieres un poco?-

-Pero sólo un poco-.

-Llévate la bolsa hombre, ya no la quiero- Le dije. Había decidido no volver a entrometerme con esa mierda nunca jamás en la vida.

-Sólo quiero probar a ver si está buena. ¿Cuántas cucharadas te dijeron para hacerlo funcionar?, ¿tres?-

Asentí.

- No te importa que me lleve un poco, ¿verdad?-

-No, hombre: llévatelo todo-.

-Sólo quiero un poco-. Tomó el cuchillo y me miró maliciosamente con él. Quería gritar. Estaba asustado: por un momento sentí que se me aproximaría y que me daría muerte.

-¿Qué no está la cuchara?- Pregunté.

Me miró con el cuchillo en la mano. Al parecer se había dado cuenta que tenía miedo.

-Me la he llevado hace rato. Para servirme la mermelada, tú sabes; pero con éste está bien-.

Se sirvió más peyote en un pedazo de papel periódico.

-Vente- Me dijo con el cuchillo. -¿No quieres fumar un poco más de mota?-

-No muchas gracias- Respondí -Así estoy bien-.

-Vamos a mi cuarto hombre, a fumar un poco más-.

-No gracias- Dije.

Dejó de servirse peyote en polvo y me volteó a ver amenazantemente con el cuchillo. Sus ojos parecían los de un niño que tiene curiosidad por saber lo que sucederá si me asusta más o si trata de clavármelo en el pecho, en el estómago o en alguna parte.

Comencé a rezar en silencio. De sólo pensar que todo ese lío se había suscitado por una película que había visto hacía poco más de un mes, me arrepentía de haber llevado a cabo mi osadía.

CUANDO LA NOCHE REVELA LOS MIEDOS

Tal vez el terrible calor era el que me atosigaba para no dejarme dormir, y aunque trataba de mantener mis ideas en blanco, o de imaginarme campos donde crecieran margaritas, el temor de lanzarme a la aventura con dos viejos conocidos de la escuela me aterraba, y más si reflexionaba en todas aquellas historias que había escuchado con anterioridad de San Luis Potosí y de la caterva de judiciales que aguardaban como cuervos a todos aquellos que buscaban experiencias nuevas con el peyote.

Ese día había ido al cine con mi novia, y estaba tan asustado de no regresar nunca más, que hasta le había escrito una carta donde explicaba lo que ella tendría que hacer en caso de que no volviera.

Era ya demasiado tarde como para que me pusiera a debatir conceptos bien firmes para mí y defender y explicar mis puntos de vista ante los suyos.

Por alguna razón que desconocía, siempre temía discutir conmigo, y aunque yo lo presionaba para que lo hiciera, no hacía sino darme la razón de todo sin polemizar.

Encendí un cigarrillo y supe que el sueño llegaría a mis ojos hasta que mi cuerpo estuviera tan cansado de dar vueltas en la cama, que por inercia, por inanición o simplemente por las misteriosas razones que aquejan al insomne, durmiera.

No había mucho en qué pensar, y quizás meditar por última vez si era coherente la idea de irme mañana.

No quería, aunque muy dentro de mí sentía un impulso extraño, una curiosidad anormal, como un llamado que me salía del fondo del pecho y hacía que mi corazón palpitara salvajemente en él.

Di una vuelta más en la cama y apagué el cigarrillo: me apestaba la boca tan asquerosamente que aún se me hacía repulsivo respirar mi propio aliento. Pero ya no podía hacer nada sino aguardar a que amaneciera y salir hacia San Luis.

Para mis padres, iría a un concierto de rock con Isaac y Abimael, y mi padre me haría el favor de llevarme a la estación

de tren. Era un plan perfecto, y nada podía salir mal, o al menos eso suponía yo.

Me sentía como un niño que busca modelo a seguir en los personajes que aparecen en tevé:

En la semana santa mi novia se había ido a Zacatecas a visitar a unos familiares, mis padres, por su parte, se habían marchado a Guadalajara a visitar a mi hermano mayor, y yo, con un ciento de trabajos de la escuela, me había tenido que quedar solo en la casa.

Cuando en las noches no se tiene nada para hacer ni con quien salir, la renta de películas lo salva a uno de la tediosa aburrición que representa cuidar la casa.

Ese día había sido un tanto ajetreado, me había levantado como a las doce del día, y ya para cuando me había cansado de hacer los quehaceres escolares, llamé a Mariana y a Luz Helena: dos viejas amigas, para que platicáramos un rato en mi casa. Así pues: fuimos a comprar la pasta de una pizza y los ingredientes para hacerla, pero la cosa se componía normal...

Para empezar recuerdo un poco cuando Mariana sufría la desesperante espera de saber qué había sido de su novio, a quien no había visto por más de dos semanas.

Yo, por mi parte, sabía de antemano que ese día que la fuera a ver, lo haría para romper relaciones con ella. Y todos sabíamos eso, menos ella, que ilusionada, confiaba en que el amor de su vida regresara a sus brazos nuevamente.

El hecho es que después de la pizza fuimos a rentar una película y aguardamos en casa de Mariana hasta que el susodicho desgraciado hiciera su aparición. No tardó mucho en llegar, y tan pronto lo hizo Luz Helena y yo nos dispusimos a cenar la pizza y a ver la película. Era *The Doors*, y aunque había oído mucho de ese filme no lo había visto antes, y entre la mortadela, la salchicha, la pasta y todos los ingredientes que lleva una pizza la película me intrigó tanto que cuando Mariana volvió y comenzó a contarnos su pena, el actor que representaba a Jim Morrison iba al desierto y comía un tanto de peyote que le daba pauta para escribir versos locos pero con una estudiada profundidad.

Ese fue el momento crucial: mientras Mariana hablaba de lo bien que se sentía porque su novio la había terminado pero le había dicho que la esperara por algún tiempo en lo que solucionaba sus conflictos existenciales, el personaje alucinaba un cielo que le daba vueltas y una inspiración que solamente los grandes poetas han tenido. Allí quise probarlo.

Se fueron a sus casas cuando terminó, pero yo la volví a ver una vez y otra vez más, y hasta el amanecer me duró la idea de comer un poco de peyote y alucinarme como Jim Morrison lo había hecho.

La idea se la comenté a Mariana y me dijo que hablaría con una de sus amigas, quien era novia de un tipo que lo comía, pero la espera se dilató varias semanas, y cuando se suponía que nos iba a dar un poco, terminó con él y la ilusión de comer peyote se hizo distante e inalcanzable.

En la escuela, ya había comentado con mucha gente acerca de probar peyote para ver si alguien por mera casualidad sabía dónde podía conseguirlo o a quién comprárselo, pero no tuve mucha suerte: algunos me platicaban de sus experiencias con peyote; pajarillos que acariciaban sus cuerpos o nubes que se convertían en demonios y pilares que se volvían gigantes devoradores de hombres, pero todos me decían que lo habían comido en alguna fiesta o que eso había sido hacía ya tanto tiempo que no recordaban cómo lo habían conseguido.

Pasó con rapidez el tiempo hasta que me encontré a Abimael un día en la escuela.

Recordaba, desde que asistíamos a la preparatoria, y desde que tocaba rock progresivo, que me había platicado que ya varias veces que había comido peyote, así que le comenté cuándo sería la próxima vez que lo comería para acompañarlo.

Su rostro sonriente me miró con ojos extraños, como si recordara un pasado digno de recordarse, o como si sólo pensar la idea se estremeciera de pies a cabeza.

-Está muy cabrón- Recuerdo que me dijo.

-Vamos- Insistí -Ándale-.

-Hay que pensarlo muy bien- Me respondió -Además hay que ir en banda porque está muy peligroso-.

-Le dije a mi novia, a Mariana y a Luz Helena. Invita tú a algunos amigos y nos vamos en grupo-

-¿Para cuándo?-

-El fin de semana, ¿no?: tenía pensado que nos fuéramos en coche y nos cooperamos para la gasolina y las casetas-

-Pero en coche no me late. En tren. El chiste es convivir con la naturaleza y la magia que te da desde que te subes al tren, con gente bien rara y llegas hasta allá-

-En lo que sea, pero vamos ¿no?-

-Deja y lo platico con mis cuates del grupo para que nos vayamos juntos, porque el vocalista del grupo es el que sabe. La vez que fui a Real de Catorce, él era el guía; y sólo hay un tren que sale hacia allá, y llegas como a las once de la noche en pleno desierto, te bajas como puedes del tren porque no hace parada y vas a tocarle a esa hora a una vieja para que te abra la puerta y te hospede-

-Suena excitante, vamos, ándale-

-Y luego te quedas en un cuarto lleno de bichos y te encierras para que no te vayan a matar-

-Vamos- Insistí.

-Lo voy a comentar con mis amigos y te aviso después... ¿estás seguro de que quieres ir?: está muy cabrón, y tu pasaje es de ida porque nadie garantiza que regreses-

-¿Hay mucho judicial?-

-Deja eso: el viaje con peyote está muy cabrón-

-¿Entonces qué, tú me avisas?-

-Sí, sí, yo te hablo-

Dos días después quedamos en salir al próximo fin de semana, pero llegó el fin de semana y nunca nos organizamos, y así transcurrió otra semana y salimos de vacaciones y no supe más de Abimael o del supuesto viaje que haríamos.

Con las presiones de los exámenes finales me olvidé un poco de la película de The Doors, de Jim Morrison y del peyote, hasta ayer, domingo, que hubo fiesta en casa de Laura.

No iba a asistir, de hecho, y no se me antojaba en lo absoluto ir a su casa hasta Bosques del Lago, no obstante, las circunstancias se prestaron perfectamente para que al fin me viera en su casa con algunos amigos de la carrera.

Allí estaba Isaac, Isaac Rosas, un compañero que me caía bien porque siempre cuestionaba la razón de todo lo ocurrible.

Gustaba de molestarlo en las fiestas o en las clases que tomábamos juntos, y una vez hasta me había reclamado y cuestionado la razón que tenía para no dejarlo en paz:

-Me gusta molestarte Isaac- Le había respondido -Pero es en buena onda, no te enojés-.

La cosa no había pasado a mayores, pero con aquel reclamo se había abierto una brecha entre los dos y ahora, más que nunca, cuidaba mis comentarios burlones para no ofenderlo.

Tan pronto como entré, y luego de saludar a los presentes, que a esa hora no eran muchos, Isaac me dijo que había hablado con Abimael y que quería ir con nosotros a comer peyote.

Como ya mencioné con anterioridad, esa idea la había desechado hacía algunas semanas, pero insistió tanto que terminamos hablándole a Abimael por teléfono.

Como una loca decisión tomada al acaso, y a la cual no presté mucha atención, quedamos en irnos en dos días: nos veríamos en la terminal del tren en Buenavista a las siete de la mañana y de allí nos iríamos al desierto a comer el cacto prohibido.

La fiesta acabó no muy noche, y ya para cuando me iba, se me había olvidado por completo lo del viaje, más Isaac me lo recordó con hondo hincapié para que no fuera a faltar.

Como estaba cerca de casa de mi novia la pasé a saludar unos minutos, y le comenté que el próximo martes nos iríamos a San Luis Potosí a comer el peyote, y que prefería que ella no nos acompañara, porque luego de escuchar tantas historias me daba miedo cargar con la responsabilidad de una mujer sobre mis hombros.

Si bien yo no temía que nos fueran a asaltar o que nos golpearan, pero cuidar a la prenda amada, con los temores de una violación o de algo más peligroso todavía, hizo que mis responsabilidades pesaran más en la balanza. De buena gana aceptó quedarse, pues de cualquier manera, al siguiente jueves se iría a visitar a una amiga suya a Querétaro.

El miedo de que algo malo me fuera a pasar ya comenzaba a aquejarme un poco, y al llegar a la casa le escribí una carta con instrucciones precisas de lo que debía hacer si no volvía.

Hoy en la mañana había amanecido un poco deprimido: saber que quizás uno muera en la osadía de la juventud es algo que en verdad estimula los sentidos para crear mil y una fantasías.

Quise verla por última vez, así que salimos a cenar una hamburguesa y luego fuimos al cine.

Las últimas semanas habíamos discutido casi todos los días, y no hallábamos un punto medio donde nuestras grandes diferencias se estabilizaran un poco: el hecho de que viera a su ex-novio porque el susodicho era quien le conseguía tiempos en un estudio de audio para que practicara en la consola lo que le gustaba hacer, no dejaba de encelarme y de trastornar mis sentidos.

Mi pensamiento es muy liberal, pero hay ciertos límites que se me hace difícil asimilar de golpe, como el hecho de pensar que no está bien que vea al ex-novio aunque sea por razones meramente de trabajo y no haya nada entre ellos.

También, desde su viaje a Zacatecas que no pude asimilar el detalle de que solamente me hablara dos veces en la larga semana que se fue, y otras pequeñas causas que no se nombran, pero que me afectaban un tanto la sensibilidad.

Cuando nos despedimos y le di la carta con instrucciones, me deprimió más el hecho de que se alegrara de que me iba; ¿estaba ya tan harta de que necesitaba un tiempo sin mí para reflexionar acerca de lo nuestro?: me hubiera sentido mejor si cuando menos le hubiera sido indiferente que me fuera, o si me hubiera dicho de cosas.

Pero no me dijo nada: me deseó buen viaje, me dio un beso y se metió a dormir como si nada hubiera pasado, o como si mañana la fuera a ver.

Pero no quería ir y no me sentía seguro para hacerlo: nuestra relación se tambaleaba de una cuerda floja y hubiera preferido arreglar primeramente esas diferencias antes de largarme tres días.

En esos momentos de confusión, de incertidumbre si me hubiera pedido que no fuera no lo hubiera hecho, esperaba que Abimael hubiera llamado para decir que no iríamos por algún problema.

Pero llegué, y nadie me había hablado todavía, y la cita era al siguiente día por la mañana: no tendría ni siquiera tiempo de despedirme de ella por última vez.

Subí a mi cuarto, tan deprimido que prendí la televisión y me tiré en la cama sin querer pensar absolutamente en nada. Mi maleta no estaba hecha todavía: ya había confirmado con mi padre que me fuera a dejar en la mañana a la estación, y de buena gana había aceptado.

Escribí otra carta a mis padres y seguí recostado, sin querer hacer o pensar en algo. Quería estar solo: no estaba muy seguro de ir mañana a la estación.

Sonó el teléfono y contesté: era Abimael. Con un poco de suerte me diría que se suspendía todo hasta nuevo aviso.

-¿Listo?- Preguntó.

-Más o menos-.

-Llévate una lámpara porque cuando lleguemos no vamos a ver nada: se va el tren y te deja en mitad de la oscuridad-.

-¿Qué ropa me llevo?-

-Llévate algo híper caliente por si hace mucho frío en la noche y algo súper ligero porque no te acabas el calor en el día. ¿Llevas tenis o zapatos?-

-Unos tenis y unas botas de plástico para caminar en el desierto. ¿Me llevo pantalones de mezclilla?

-¿Cuánto dinero llevas?- Cuestioné.

-Ciento cincuenta, ¿y tú?-

-Doscientos, ¿está bien?-

-Perfecto: para no vernos apretados de lana-.

-¿Cuánto cuesta el boleto?-

-No sé; como treinta mil pesos-.

-¿Vamos a comprar el de ida y el de regreso mañana mismo?-

-El de ida nada más: nadie sabe si vamos a regresar-.

-A las siete mañana, ¿verdad?- Me reí.

-Sí, ¿cómo te vas a ir a la terminal?-

-Me va a llevar mi papá: no está muy lejos de aquí-.

-Porque yo me voy a quedar a dormir en la casa de un cuate que vive por San Cosme-.

-Si quieres te recojo en el metro Normal y de allí nos vamos a la estación, ¿Isaac ya confirmó?-.

-Sí, ese buey está más que puesto. ¿No es mucha molestia que pases por mí a la Normal?-.

-No, para nada; nos vemos a las siete, ¿sale?-.

-Antes ¿no?, como al cuarto para las siete-.

-Bueno; entonces nos vemos mañana: se puntual por favor; me choca estar esperando a la gente. ¿Algo más?-.

-Pues despídete de tus seres queridos porque chance y no los vuelves a ver jamás-.

Me reí y colgué el auricular.

Hice la maleta con calma. Fumé un cigarrillo y vi por largo rato televisión. Luego me mudé de ropa y me metí en la cama.

Pero todo eso lo pensaba cuando me di cuenta de que no podría dormir en toda esa noche hasta que me venciera el cansancio o un verdadero milagro se presentara.

Di una vuelta más en la cama y traté de encontrar la posición más adecuada. No quería amanecer enfermo mañana si me destapaba las sábanas que me cubrían las piernas. Que fatigoso calor, que horripilante espera, que maldito insomnio que no me dejaba dormir ni un ápice.

Me concentré en dormir, pero cuando menos lo esperaba sonó la alarma. Me puse de pie, encendí el agua de la regadera y traté de esparcir el cansancio de mis párpados hinchados: en unas cuantas horas estaría viajando en tren hacia San Luis Potosí.

EL JABALI DE METAL

Caía una ligera lluvia, casi imperceptible. El paraguas lo tenía listo desde antes de saltar del tren, pero decidí no abrirlo para disimular un poco mi cara de turista.

Reconocimos el panorama y miramos hacia todos lados; la gente que había bajado se desaparecía como espectros tragados por la noche.

Por la descripción de Abimael, y su recomendación de portar lámparas, yo esperaba encontrar una oscuridad tan atenuante que no pudiera ver más allá de mi nariz.

No fue así: las luces del pueblo, aunque el cielo estaba seminublado, eran más que suficiente como para iluminar el panorama.

A lo lejos, el desierto, como una mancha oscura donde se es difícil precisar la línea del horizonte, o como una sombra entre las sombras de la oscuridad, parecía susurrar terribles cosas y llamarnos para que lo fuéramos a investigar en ese justo momento.

Como salida de un cuento de hadas, una vieja se aproximó a nosotros, de cabellos grises, de rostro arrugado, con un rebozo a la mitad de la cabeza, y con unos ojos tan extrañamente raros que inspiraban confianza por unos momentos, para luego emanar un cierto fulgor que lo hacía a uno estremecerse de pies a cabeza.

-¿Buscan hospedaje?- Nos preguntó. Los tres nos miramos sin saber cuánta confianza podíamos aceptar a la primera.

-Pero busquen y conozcan otras casas- Insistió -Y verán que no hay lugar tan limpio y tan seguro como aquí-.
Sonreímos.

-Allí está el baño- Nos señaló la letrina. -La regadera por si se quieren bañar y hay cocina por si quieren cocinar en ella-.

-No sé- Respondió Abimael.

-Yo creo que deberíamos aprovechar-.

-¿En cuánto sale?-.
-

-Cinco mil pesos cada uno- Nos respondió de buena gana. Abimael respiró profundamente y movió la cabeza de manera afirmativa.

La seguimos con las linternas encendidas que alumbraban sus lentos y parsimoniosos movimientos.

-¿Entonces lo dejó el tren?- Preguntó la vieja a un hombre que junto con su esposa cargaba una bolsa de grandes dimensiones.

-Le enseñé el boleto, y me dijo que la entrada era por el otro lado, y no me dejaron subir ni con el boleto en la mano- Argumentaba sin entender el hombre.

-Es que son muy déspotas- Comenté -¿Verdad?- Miré a Abimael. Quería introducirme en su conversación para que no intentaran luego matarnos o hacernos algún daño.

-Ya me estaba subiendo- Continuó el hombre sin prestar mucha atención a mi comentario -Y me empujó el garrotero: me dijo que yo no me iba a subir en ese tren y que ni siquiera tratara de hacerlo-.

El ferrocarril comenzó a andar y nos dejó con su estruendo, con su hacinamiento, con su mal olor y con su basura tirada en todos y cada uno de los asientos.

Cruzamos la vía.

-Por aquí, por aquí- Decía la señora.

Nosotros la seguíamos.

Yo ya había perdido el interés en conversar con ella, y aunque quería hacerle algunos comentarios a Isaac, prefería no decir nada y mirar el cuchitril que nos iría a dar como habitación.

Llegamos a la estación del tren. Me había parecido que habíamos caminado una eternidad y mi sentido de orientación estaba completamente perdido.

Nos detuvimos por unos instantes, ya que la señora tenía que arreglar algunas cosas. Inmediatamente, un tipo se nos acercó; alto, de mirada perdida y de ojos aterradores.

-¿Quieren peyote amigos?- Nos preguntó en un susurro.

-¿Qué onda Abdú?- Pregunté excitado -Podríamos comprar un poco y salir mañana al desierto para alucinar en la ida-.

-Mañana le avisamos- Respondió Abimael.

-Es muy bueno- Dijo el hombre -Lo acabo de ir a cortar hace una semana y está bien fresco-.

-¿Dónde lo buscamos por si nos decidimos?-.

-En el restaurante de allá- Apuntó a la derecha -Pregunten por el Camarón, así me conocen todos aquí. En la tardecita si quieren yo les consigo. Tengo polvo también-.

-Lo más seguro es que si, pero mañana...-.

-Yo digo que deberíamos comprar ahorita Abdú, ¿qué tal si mañana no encontramos en el desierto?-

Me hizo un ademán con el rostro y guardé silencio: el hombre, nervioso, volteaba hacia todas las direcciones. Isaac, sin decir nada, observaba con una gran sonrisa en el rostro todo lo que sucedía.

Comenzamos a caminar nuevamente. La vieja nos indicaba el camino a seguir. Nos despedimos del señor y continuamos con las lámparas para que alumbraran los pasos de la anciana.

El otro hombre; al que había dejado el tren, hablaba al respecto, se reía y maldecía a quienes no lo habían dejado subir. La señora lo consolaba y le decía que seguramente tomaría el tren al otro día.

No me interesaba mucho su conversación. En cambio, prefería observar el pueblo, del lado opuesto a donde estábamos, y hacia donde caminábamos en esos momentos. Cruzamos las vías de nuevo.

Una plazoleta iluminada con la tenue luz amarilla de los faroles, con muchos muchachos que bebían cerveza y nos observaban detalladamente.

Pasamos de largo el parque sin introducirnos en el pueblo.

De frente a nosotros una serie de casas construidas con ladrillo de lodo, a la izquierda el aterrador desierto, y a nuestra derecha unas canchas de basquetbol bien iluminadas.

Miré Abimael y me sonreí. Creo que había exagerado un poco las cosas que le habían sucedido.

La oscuridad del desierto no era tan grave como él afirmaba, y hasta ahora todo parecía correr a la perfección. Nos hacía falta ver todavía los cuartos para dar nuestro dictamen final.

Nos dirigimos a la puerta de vieja madera en la esquina derecha, dejamos que pasara la señora, el hombre y su mujer con las grandes bolsas y nos metimos.

Sonreí profundamente al ver una casa típica de pueblo, construida toda en ladrillo de lodo y con cemento que se caía a gajos.

A la izquierda una serie de puertas de madera, seguidas por sus ventanas de madera. Cuatro o cinco, tal vez seis. A la

derecha, una alta pared que hasta después sabríamos era la iglesia del pueblo.

-Les voy a enseñar la casa- Dijo la vieja y apresuró el paso. Caminamos por la húmeda tierra, pues se hacía una división de la banqueta de cemento que estaba junto a los cuartos, y el pedazo de tierra donde crecían algunos árboles.

Llegamos al último cuarto, donde se hospedaría el hombre del tren, y nos mostró la chimenea y las recámaras que cuando menos contaban con camas de fierro, colchones vencidos y supuestas sábanas limpias.

-¿Qué cuarto quieren?- Nos preguntó.

-El que sea está bien- Respondió Abimael con la cabeza gacha y con la voz humilde. Para él, ir al desierto era volverse humilde y darle el lugar que se merecía a cada persona.

-Este es el mejor lugar que pueden encontrar aquí- Dijo el hombre: -Es una casa decente y no hay qué preocuparse por nada. Pueden traer a sus novias si quieren, ¿verdad?- Miró a la vieja; ésta sonrió pícaramente sin decir nada.

-Oh, bueno- Continuó el hombre -Si ya se van a casar con ellas, por supuesto-.

-Sí, sí, está bastante bonito- Dije -Y luce de lo más acogedor-.

-Si quieren, pueden hacer algo de comer-.

-De haberlo sabido nos hubiéramos traído algo para cocinar aquí- Intervine. -Es muy bonita su casa señora-. Nos despedimos de los otros y caminamos hacia los demás cuartos.

-Aquí vienen muchos jóvenes como ustedes y les gusta mucho mi casa-. Nos enseñó otro cuarto.

-Les daba éste pero está ocupado- Dijo.

-¿Hay más gente?-.

-Ese y ese están ocupados, y creo que ese también, ¿o será éste?... ¿qué cuarto quieren?-.

-El que sea está bien para nosotros, no se apure...-.

-Les daba el cuarto que da a la calle pero creo que está cerrado, ¿quieren ver que está cerrado?-.

-No se preocupe señora, cualquier cuarto está bien-.

-Vengan, vengan, les voy a enseñar que está cerrado-.

Salimos de la casa y forcejeó con las ventanas. -Creo que alguien se queda aquí-.

-No se apure señora- Insistimos -El que sea está bien...-.

Nos entramos de nuevo en la casa. Nos señaló el primer cuarto y nos explicó que el foco hacía falso contacto y que debíamos moverlo lo mínimo para que no se apagara.

Examinamos la habitación: dos camas únicamente.

-Este está bien entonces- Agregó.

-Si, no se apure, cualquiera está bien; ya veremos cómo lo hacemos para acomodarnos-.

Me senté en una cama y vi a la señora.

-Se paga por adelantado-.

Abimael sacó la cartera, le dio un billete de a veinte mil y le dijo que así estaba bien, que no nos diera cambio. Se guardó el billete y salió de la habitación.

Íbamos a comenzar a hablar de nuestra perspectiva cuando entró de nuevo.

-No van a salir en la noche, ¿verdad?-. Negamos con la cabeza.

-Porque cierro la puerta con un cordón. Si salen vuelvan a poner el cordón en su lugar. Si necesitan algo estoy en la casa de junto. Si quieren lavarse las manos allí hay un lavabo: es agua limpia y pueden tomar de ella si quieren-.

Asentimos con la cabeza.

Salió por fin y nos dejó solos.

-¿Y bien?- Preguntó Abimael.

-Súper bien- Dije. -Por lo que me habías contado yo me esperaba algo totalmente diferente-.

-Sí, yo también- Dijo Isaac.

-¿Y cómo le hacemos con la lana?- Pregunté.

-Si quieres tu paga el de mañana. Estuvo bien que le diera los veinte, ¿no?-.

-Que buena onda- Exclamó Isaac.

-Sí; de hecho se me hace bien barato-.

-Pues yo voy a lavarme las manos. Uy, ¿no les da emoción?, ya estamos en San Peyotito-.

-Este cabrón- Me reí -Eres un pinche indiscreto Isaac-.

-Si es cierto, no seas tan balcón...-.

-¿Qué tiene de malo?-.
-Ay con este cabrón...-.

-Yo también voy a lavarme las manos, te acompaño Isaac-.

-Yo voy con ustedes-. Me puse de pie, salimos del cuarto y nos dirigimos a la llave de agua.

Isaac fue el único que se mojó la cara. Abimael y yo nos lavamos las manos.

Ya de vuelta, un extraño muchacho, de unos veinticinco años, de cabellos rubios y ojos claros, nos veía desde un madero que simulaba una banquita o el lugar a donde se amarran los caballos en las películas del Oeste.

Nos acercamos a él. Me miraba con ojos saltones, como de lagartija, y su rostro parecía estar un poco deformado.

-¿Cómo estáis?-. Cuestionó. Hablaba con acento español.

-Bien, ¿y tú qué tal?-. Pregunté.

-Es que esto no me deja dormir, he tratado de dormir pero nada, es muy fuerte y me tiene con los ojos abiertos-.

Abimael rió.

Cada vez que alguien decía o hacía algo lo volteaba a ver con esa mirada tan penetrante, tan observadora, como si quisiera desnudarnos con sólo echar un vistazo a nuestros rostros.

-¿Traéis un poco de mota?-.
Isaac y Abimael me voltearon a ver.

-No, no traemos nada-.

-¿Tú le haces a los barbitúricos?-. Me preguntó.
Me reí. -No-.

-Y es que no puedo dormir; esta cosa es bastante fuerte y me tiene con los ojos abiertos-.

-No eres de aquí, ¿verdad?-. Pregunté. Había empezado a sesear como él sin saberlo.

-Soy español, pero es que no puedo dormir. Ya lo intenté ahora, pero no puedo-.

-Ni podrás- Dijo Abimael.

-¿Y ustedes de dónde son?-.
-De la capital. ¿Qué te trajo hasta aquí?-.
-Espero a un amigo, quedó de llegar ayer pero no ha venido todavía. A ver si voy a Real mañana en la mañana-.

La vieja entró de nuevo. -¿Cómo estás?-

-Sin poder dormir-

-Ellos van a ir al desierto mañana, ¿por qué no se van juntos?-

-Quiero ir a Real mañana. Iba a ir hoy pero está pesada la subida para allá-

La señora se volvió a despedir y se fue. -Ya voy a cerrar- Dijo antes de salir.

-¿Habéis venido a comer peyote? Yo fui hoy en la mañana-

-¿Hay mucho? Preguntó Abimael después de un largo rato de silencio.

-Queremos ir al desierto-

-Fui hoy en la mañana-

-¿Hay mucho?-

-A veces te encuentras uno por aquí, otro por allá, pero luego una familia entera. Calculo haber caminado unos trece kilómetros antes de hallarlo. Tenéis que caminar mucho antes de hallarlo. Me tocó un buen día; hacía calor en la mañana, pero allí estaba una nubecilla que de pronto te da un buen remojón... y es un gran alivio. Recogí algunos fósiles-

-Bueno, yo ya me voy- Alcé la mano para despedirme y empezó a reír con fuertes carcajadas y maníacas gesticulaciones.

Se hizo el silencio.

-Bueno, yo ya me voy- Alcé la mano y me despedí. En cierta forma me intimidaba un poco la manera en cómo me miraba, la forma en que hablaba y el modo en que se movía. Abimael se despidió también. Isaac ya se había metido.

-Creo que intentaré dormir un poco, porque esta cosa no me deja dormir y me tiene con los ojos abiertos-

Asentimos y nos retiramos.

-¿Ves?; ese tipo está vibrado- Me explicó Abimael como un maestro que enseña a sus pupilos.

-Ah- Exclamé.

Isaac se había apropiado de una cama ya, y reposaba con una gran sonrisa en el rostro.

-¿Cómo le vamos a hacer para dormir?- Pregunté.

-Alguien se va a tener que quedar con alguien- Dijo Abimael.

-Yo me quedo en la otra cama- Dije y me acosté.

-La tuya se ve más grande- Dijo Abimael -Yo me quedo contigo-.

Encendí un cigarrillo y apagó la luz.

-Nos faltó algo- Dijo y se puso de pie. Volvió a encender el foco. Hurgó en su mochila y sacó un spray mata-mosquitos.

-Ya sé que esto es una grosería, pero es necesario. -

Tápanse los ojos y no respiren mucho- Bañó las paredes y el ambiente quedó impregnado con el hediondo hedor que nos dejaría dormir con la seguridad de no ser picados por ningún mosquito.

Apagó la luz y se volvió a acostar del lado de la pared.

-Esto es la gloria- Dijo -Tuvimos mucha suerte -La vez pasada que vine entrabas en el cuarto y tronaba cronch, cronch, cronch el piso de tanto bicho que pisabas-.

-¿Y si vamos al desierto ahorita mismo?- Pregunté. Estaba excitado y ya quería probar los efectos alucinantes del peyote.

-No, no... - Respondió Abimael con un toque de misticismo y temor en su tono de voz.

-Bueno, ¿y ustedes qué?- Preguntó Isaac -¿Por qué tan juntitos?, ¿tuvieron suficiente tiempo para conocerse en el tren? Nos reímos fuertemente.

-¿Cómo le vamos a hacer mañana?, ¿a qué hora nos vamos?-.

-El primero que se levante levanta a los demás, ¿sale?-.

-Que buena onda- Exclamó Isaac. Al parecer, era al que menos le importaban los peligros del desierto y de la droga.

-Bueno- Dije -Hasta mañana-.

Antes de quedarme dormido me fumé algunos cigarrillos.

Cada vez que me movía rechinaba la cama terriblemente. Abimael parecía no poder conciliar el sueño tampoco, y el único que dormía plácidamente era Isaac.

Al fin, y después de varios intentos fallidos, logré conciliar el sueño y me metí en el mundo de las fantasías.

Ya en la madrugada, un rugir que hizo estremecer el cuarto entero me despertó: parecía una estampida, o un temblor

trepidatorio. El ruido se hizo más y más intenso, y las vibraciones fueron tan fuertes que me resonaban en mi pecho los estruendos industriales.

Al fin se mantuvo estable el ruido, y con un silbido, muy similar al de un tren, o al gemido de un jabalí metálico.

EL PEYOTE SAGRADO

Abrí un ojo y enjuagué los hinchados parpados: en verdad que había sido una pesada noche la anterior, y en verdad también que con la excitación de comer el cacto sagrado y el miedo de que alguna alimaña ponzoñosa hiciera de las suyas, el sueño había aparecido de cuando en cuando con rostro de jabalí o de temblor.

Me levanté de un salto. El frío taladraba los huesos y el sol asomaba por las rendijas de la puerta. Me mudé inmediatamente de ropa: una camiseta blanca de lo más ligero por si acaso se le ocurría al clima cambiar de pronto; una camiseta amarilla mucho más gruesa para que me protegiera de la helada de esa mañana; mi chamarra azul; mis pantalones de mezclilla y las botas de plástico de las cuales estaría luego arrepentido de haberlas usado.

-Hay que llevarnos tu maleta- Me dijo Abimael.

-¿Nos llevamos el refresco?- Pregunté con la botella plástica que sumaría un peso formidable a la mochila.

-No; ahorita compramos unos jugos y unas naranjas para el camino: esto lo dejamos para no cargar-.

Un pájaro blanco cruzó el cielo y se posó a unos cuantos metros.

-Hay que seguir al pájaro- Insistí y fui detrás de él.

-Por allá no- Me dijo Abimael -Es por el otro lado: reconozco este sitio y no estamos muy lejos de donde lo encontramos la última vez-.

Empaqué mis cosas restantes en la pequeña mochila de Abimael y pusimos lo que necesitaríamos en la mía. Tomé el paraguas por si llovía, o por si el sol nos apesadumbraba demasiado y salimos al fresco de la mañana.

No teníamos la menor idea de la hora que era, pero el sol ya despuntaba en las montañas y la neblina comenzaba a desleírse por las empolvadas calles del pueblo.

Salimos a la calle: una perspectiva totalmente diferente la de ver

Catorce a la luz del día que como lo habíamos visualizado, o quizás imaginado la noche anterior.

Cruzamos las vías del tren y caminamos de espaldas al sol. Allí, en una fonda, estaba el mismo señor que nos había ofrecido peyote la noche anterior.

-¿Qué pasó?- Cuestionó -¿Van al desierto?-.

Abimael respondió afirmativamente.

-¿Y ya saben dónde encontrar?-.

-Ya había venido una vez, y más o menos sé por dónde está-.

-¿Si van a querer?-.

-Lo más seguro es que si: estoy interesado en el chicle, ¿si tiene de ese?-.

-Es muy difícil de conseguir y muy caro; son bolitas de este tamaño que se mastican- Con los dedos señaló un diámetro no mayor al de las pequeñas canicas de vidrio. -Pero tengo polvo también-.

-Yo si voy a querer- Interrumpí -Pero cuando regresemos-. Nos despedimos y pasamos a una tienda a comprar unos jugos en lata y unas cuantas naranjas.

Por el camino principal nos dirigimos al desierto de San Luis en la búsqueda del peyote.

-Les voy a explicar- Dijo Abimael y se acercó a un pequeño arbusto de forma común. -Esta planta se llama "Gobernadora", y el peyote crece en las raíces: el desierto está lleno de esta planta, así que cuando busquen hay que ver en las raíces-.

Continuamos con la marcha, pero me detuve para orinar una de esas plantas. Un pequeño, miméticamente escondido lagarto cornudo echó a correr cuando me acerqué.

Conté mi experiencia pero o no me creyeron o no le dieron importancia al suceso.

Llegamos hasta un cementerio. Isaac y yo, ansiosos de hallar el alucinógeno, no dejábamos de mirar el suelo y buscar entre las raíces de las plantas que poblaban el lugar.

Miré hacia atrás; el pueblo estaba como a dos o tres kilómetros de donde caminábamos, de donde milpiés asomaban con sus caparazones grises como metálicos gusanos de la tierra. Un ciento de insectos, y un ciento más de florecitas.

El día seguía nublado, y no dejaba de pensar en adquirir una postura humilde ante el desierto. Agradecía en silencio las nubes que tapaban al sol, y en silencio pedía a las almas de la desolación que me mostraran un poco para comer.

-¿Falta mucho Abimael?- Pregunté.

-Tenemos que pasar una propiedad privada antes, y si tenemos suerte vamos a hallar. Y es que no lo encuentras hasta que el desierto no quiere que lo encuentres. En serio- Enfatizó - La vez pasada que vine con mis cuates nos separamos, y unos pidieron un aventón a una camioneta que pasaba. El chiste es que se perdieron, se espinaron y no encontraron peyote sino hasta mucho después-.

-¿Crees que encontremos rápido: ya llevamos un buen caminando?- Dije, volví a mirar hacia atrás.

-Todo depende del desierto-.

-Se ve bastante benevolente: el clima está riquísimo-.

-Los animales juegan un papel bien importante: la vez pasada llevábamos horas de caminar y no encontrábamos nada. De repente pasó un pájaro, el primero que veíamos porque no habíamos visto ninguno, y lo seguimos, y justamente donde se había parado había peyote-.

-¿A poco?- Preguntó Isaac con una sonrisa en el rostro.

-De veras...-.

-¿O sea que los animales saben que lo buscamos y te ayudan a encontrarlo o qué onda?-

-No sé, pero esa vez estuvo bien raro... Luego nos encontramos un águila enorme...-.

-¿Y el jabalí?- Pregunté -¿Siempre lo escuchas?-

-La vez pasada íbamos tres, nos paramos a descansar y escuchamos un ruido fortísimo, como si un cerdo gigantesco pasara a unos cuantos metros de nosotros. Nos hemos llevado un susto que...-.

-¡Miren!- Gritó Isaac -Una víbora-.

Desde hacía rato Abimael caminaba adelante, yo lo seguía e Isaac nos seguía a nosotros. Retrocedimos, y allí, debajo de un arbusto, a un metro escaso de donde habíamos pasado, una víbora de cascabel se mantenía enrollada, aletargada por el frío clima.

-¡No mames!- Exclamé -Por poco nos muerde: hay que tener más cuidado por donde caminamos: te mueres en tres minutos-.

-¿Qué es?- Preguntó Isaac.

-Una cascabel- Expliqué. Me llevé la mano al amuleto.

-Que chingón ¿no?, digo; es la primera vez que veo una víbora-.

-¿Cómo la viste?-.

-Voltee para un lado y ahí estaba.

Medité por unos segundos. En la Marquesa había una visto una pequeñita de cascabel también, y a cuando íbamos al cerro de Juandhó en busca de grillos o de animales había visto hocicos de puerco, pero nunca una víbora tan de cerca.

Ya no me preocupaba por hallar peyote, sino de cuidar mis pies de su mordida.

-¡Miren!- Gritó nuevamente Isaac. Abimael y yo retrocedimos. A un lado del camino estaba otra cascabel, estirada completamente y con la cabeza en alto.

-¿Estará viva?- Preguntó Isaac -No se mueve nada-.

-¿Quieres acercarte a investigar?-.

-No verdad- Reflexionó.

La propiedad privada ya la habíamos pasado, y el sol, aunque no en su total esplendor, me obligó a quitarme la chamarra y atármela a la cintura. Los pantalones estaban llenos de tierra y de pegajosa resina que era arrojada por las plantas.

Descubrimos un hoyo gigantesco, pero la idea de encontrar peyote se había vuelto una obsesión en mi cabeza. Estaba ya desesperado, y Catorce se veía tan lejano que la cúpula de la iglesia parecía una alucinación.

Me regresé y nos continuamos internando. De cuando en cuando volteaba hacia todas partes para ver si acaso veía la tienda de campaña de los hippies que habíamos visto en el tren. Las horas, los minutos o los segundos transcurrieron con

velocidad, o quizás más lento de lo que suponía. El hecho es cuando el sol se postró majestuoso sobre nosotros, la camiseta amarilla la tenía encima de la cabeza como un árabe y el calor me sofocaba y me hacía maldecir ese sitio en silencio.

Nos sentamos a comer una naranja y a tomarnos un jugo entre los tres. Me fumé un cigarrillo. Hice un círculo mágico con piedras.

No había fumado desde que salimos, porque no tenía una idea del tiempo que pasaba entre cada cigarrillo, por una parte, y porque no me quería vede pronto en medio del desierto sin nada para fumar.

Nos hicimos a la marcha nuevamente. Yo ya estaba harto y quería encontrar peyote a como diera lugar, o convencerlos de que desistieran para que volviéramos a Catorce y le compráramos un poco de polvo al "Camarón".

No sabía, en realidad, qué esperaba el desierto de mí. ¿Hasta cuándo sería digno de recibir, ingerir y alucinar?

El tren, la mala noche y la caminata comenzaban a pesar sobre nuestros hombros como un montón de piedras.

-Es que caminas demasiado rápido pinche Abdú- Reclamé -Por eso no hemos encontrado ni madre. Camina más despacio y busca bien entre las plantas-

-Con esa actitud nunca vas a encontrar peyote. No importa si corres o si te detienes en cada gobernadora para buscar. No vamos a encontrar hasta que el desierto no quiera que encontremos-

-¡Estás pendejo cabrón!-

-Ya niños: no se peleen- Medió Isaac.

La caminata se volvió interminable. A cada paso que daba me arrepentía de haberme internado en el desierto. Hubiera sido más fácil comer antes y alucinar en el camino.

Abimael nos llevó hasta un camino donde no pudimos más pasar entre las espinosas y largas ramas.

Luego de un rato de mirar hacia ninguna parte y de caminar hacia la infinidad graznó un cuervo y fue a posarse en un árbol no muy lejos de nosotros.

-¿Y si lo seguimos?- Sugerí.

Abimael asintió con la cabeza y fuimos detrás del cuervo. El sol brillaba con esplendor y el calor evaporaba cada gota de sudor que era emanada por el cuerpo.

-¡Miren!- Gritó Isaac.

De pronto, debajo de una gobernadora, un cacto aplastado, verde, con gajos como los de una naranja.

Abimael sacó el cuchillo de la mochila que nos habíamos turnado para cargar. -Córtalo con mucho cuidado para que no lastimes las raíces: dicen que vuelven a crecer-.

-¿Quieres que lo corte yo?-

-Tú lo encontraste-. Cuidadosamente escarbó a un lado del peyote y le indicó cómo cortarlo para no dañar la planta.

-Señores- Dijo con una sonrisa -Este es el peyote sagrado-.
-¿Nos lo comemos de una vez?-

Asintió. Lo cortó en tres pedazos y nos dio uno a cada uno. Lo examiné por unos momentos. Era una textura rugosa y suave, bastante jugosa. Le di una mordida y examiné su sabor. Recé en silencio.

Era amargo, pero cualquiera lo podía resistir con un poco de trabajo.

-¿Con cuántos te prendes?- Le pregunté a Abimael.

-Como con siete o seis: es depende-.

Sonrientes y orgullosos de haberlo encontrado al fin, buscamos en la zona hasta darnos por vencidos. Yo seguía a los pájaros de buscar hasta encontrar los suficientes como para un buen alucine.

Isaac halló otro no mucho después.

-No mames Isaac: éste era tu viaje definitivamente.

¿Cómo es posible que hallamos pasado por el mismo sitio y que no viéramos absolutamente nada?-

-¿Nos comemos éste también?- Señalé el cacto.

-Hay que guardarlos para después-.

Los insectos ya empezaban a molestarme, y unas como moscas blancas que te susurraban cosas al oído no dejaban de seguirnos. Un ruido extraño, como el de una garza se aparecía de cuando en cuando.

En la distancia, una raya amarilla de tierra que rompía con la estética verde del desierto nos hacía volar la imaginación y dar mil suposiciones de lo que era.

-¿Qué será aquello?- Preguntó Isaac.

-No sé: la vez pasada estuvimos a unos cuantos metros de llegar pero nos regresamos antes-.

El manchón se veía de no más de treinta centímetros, por lo que podía suponer estaba salvajemente retirado de nosotros.

Caminamos y caminamos sin suerte, hasta que de pronto hallamos una familia completa de peyote, y otra más, y otra más todavía. No nos dábamos a vasto con tanto que había. Mi amuleto me protegía.

Los cortamos y los pusimos en la mochila. Pudimos contar sesenta y cinco entre grandes y pequeños.

El terreno había cambiado; de pronto nos veíamos rodeados de pequeñas piedras que simulaban el cauce de un río seco.

Nos sentamos a descansar Isaac y yo. Con una piedra marqué un círculo mágico que debía protegerme de los animales.

Abimael, por su parte, echó a andar.

-Voy a buscar hacia allá- Dijo -¿Quieren venir?-.

-Aquí tenemos suficiente- Repliqué -¿Para qué demonios queremos más?: ya tenemos un buen-.

-Hay que cortar más- Ordenó sin voltear. Iba a donde la mancha de tierra estaba.

-Tengo sueño- Dijo Isaac -Me voy a dormir-. Se tiró en el suelo boca arriba y cerró los ojos. -¿Lo seguimos?-.

-Yo tengo flojera: ya nos deberíamos regresar, ¿para qué queremos más peyote? ya tenemos un buen. Pinche Abdú compulsivo. Te apuesto que quiere ir hasta allá para ver qué hay. ¿Le llegamos nosotros al peyote Isaac?-

Distinguímos su figura empequeñecida por la dura distancia.

-¡Abimael!- Gritó Isaac.

-¡Abdú!- Grité, pero no hubo respuesta.

Seguimos sus pasos hasta que llegó a la mancha de tierra y nos hizo señas con los brazos.

-Hay que esperarlo- Gruñí.

-Yo lo voy a alcanzar- Dijo Isaac y echó a andar.

Me daba miedo quedarme solo en mitad del desierto, así que lo seguí también. Por donde caminábamos un ciento de peyotes aparecía ante nuestros ojos. Ya no nos interesaba cortar más. Lo único que yo quería era volver al pueblo, comprar un poco de polvo y alucinarme sin ninguna otra preocupación. Maldito Abimael compulsivo.

El sol había bajado, y esto me apuraba porque no sabía cuánto tardaría en caer la noche y no quería morir en el desierto.

Llegamos a donde Abimael y descubrimos un oasis: la mancha de tierra no era sino una especie de presa que contenía agua estancada.

-Que chingón - Exclamó Isaac.

-Les estaba haciendo señas- Dijo Abimael -¿No me vieron?-.
Asentimos.

-Pues vamos a llegarle señores- Dijo. Sacó la bolsa con los peyotes, tomó uno pequeño y se lo tragó.

Yo tomé uno grande, pero tan pronto lo mordí tuve ganas de volver el estómago. Apreté con fuerza el amuleto: él me daría fuerzas.

El suplicio que se presentó después fue algo obsesivo. Partí mi peyote en trocitos muy pequeños y lo mezclé con las cáscaras de la naranja para poder tragarlo, o bien, como pastillas que pasaba sin probar con un trago de jugo. Todos y cada uno de nosotros ideábamos la manera de comer. Se había vuelto incomestible.

Estuvimos un rato ahí, y de solamente ver el pueblo a unos diez kilómetros de distancia me entró la flojera y el apresurar la marcha para que volviéramos.

Sentado Abimael a mi lado observábamos el desierto: a unos cuantos metros se forjaba la mole de arbustos y piedras de colores donde resaltaban las blancas.

-Me acaba de pasar algo cagadísimo- Dijo Isaac. Lo volteamos a ver recelosos. -Me recargué en el árbol y de pronto me vi guacareando?-.
-¿Y no vomitaste?-.
Asentimos.

-¿Y no vomitaste?-.
Asentimos.

-¡Ese es el jabalí!- Gritó Abimael -Acabas de escuchar al jabalí-

-Ah, ¿te cae?-

-Definitivamente. Pinche Isaac; éste era tu viaje. Tú encontraste el primer peyote y ya escuchaste el jabalí. En la noche vas a conocer a tu maestro-

Sentía envidia de él, y ansioso por escuchar al maldito jabalí me atraganté con otro peyote. Al ver que no podía comer más me resigné a llegar al pueblo y comer polvo allá.

-Pues a mí no me ha prendido la mierda ésta ni he escuchado ningún jabalí- Reproché.

-No mames- Exclamó Isaac -Ya sé de dónde sacaron la sicodelia: que cagado se ve todo-

-Le va a pegar durísimo- Dijo Abimael y rió. -¿Ya viste cuantas piedras blancas hay?-

Miré al frente. Las piedras blancas resaltaban. Estaba celoso de Isaac y sentí que Abimael quería fanfarronear.

-Después de no dormir brillan más- Dije. -Ya vámonos porque si no nos va a dar tiempo de regresar-

Nos pusimos en marcha. Abimael y yo al frente. Isaac rezagado. Su rostro se veía extrañamente gracioso: la tez más oscura que antes y los labios completamente rojos.

-Esta mierda no me prendió- Dije en voz baja.

-Esta mierda no me quiere- Le repliqué. Recogí algunas piedritas y no quise saber más.

-¿Ya viste que flor tan extraña?- Me preguntó.

-No tiene nada de extraño. Veo las cosas más brillantes, pero no es por el peyote, sino por no dormir y por la insolación que traigo encima-

-Por eso no te va a prender- Repliqué enojado. Los dos estábamos celosos de Isaac y de nosotros mismos.

-¿Escuchas?-

-¿Qué?- Pregunté sin prestarle mucha atención. Sabía que quería llamar mi atención, escuchar cosas que nadie escuchara y ver cosas que nadie veía.

-Mira, a ti no te vibra- Me respondió agresivamente -Por tu actitud; no te va a vibrar y ojalá te muerda una víbora-

-A ti tampoco te vibra cabrón, así que estamos igual-

-¡Espérenme!- Gritó Isaac rezagado.

-Este cabrón- Dije.

-Está vibradísimo-

-Qué envidia-. Apresuré la marcha. Ya quería llegar al pueblo, comer peyote en polvo y sentir lo que él sentía.

-¿Ya viste?- Me señaló un caballo claro con manchas blancas. Más que caballo parecía una vaca.

-Es una vaca- Dije extrañado. -No; es un caballo que parece vaca. Nunca había visto un caballo así.

-Está rarísimo guey, no mames-

Isaac y Abimael habían empezado a caminar de espaldas para, según ellos, mayor comodidad y menos esfuerzo.

Los dejé atrás. Mi paso era firme y no tenía la intención de aminorarlo por ellos. No podía perder el paso. El sol del atardecer me intimidaba y los peligros de la noche me hacían sufrir.

Apresuré el paso hasta que estuvieron lo suficientemente lejos como para no verme mientras bebía agua de la cantimplora.

Abimael cargaba la mochila. Yo tampoco quería cargar de nuevo la pesada mochila.

El paraguas, que hacía rato había querido abrir Isaac colgaba de una mano y la cantimplora de otra.

Me senté a esperarlos y bebí casi la mitad del agua.

-¡Agua!- Grité y dejé el recipiente plástico en el suelo, pues me remordía la conciencia dejarlos sin agua para beber. Eché a andar con el paraguas en la mano y los perdí. La chamarra y la camiseta amarilla estaban en la mochila que alguno de los dos cargaba por mí. No estaba dispuesto a hacerlo.

Y caminé, y caminé decidido a llegar antes que ellos.

Me encontré con una división en los caminos y por unos momentos pensé en esperarlos, pero al fin me decidí tomar el camino que parecía más despejado. El otro significaba internarse nuevamente en las ramas del desierto.

Traía doscientos mil pesos en la bolsa y hubiera podido darlos a alguien si me llevaba a Catorce.

Tomé un cigarrillo, y después buscar los cerillos para encenderlo me di cuenta de que los había dejado en la chamarra que ellos cargaban.

Me solté a llorar desesperado. Regresar a buscarlos significaba perder todo el camino que había ganado.

Seguí de frente. Una casita se veía ante mis ojos. Quizás allí podría pedir un cerillo o un aventón al pueblo.

Dos liebres, tan grandes como un cervatillo cruzaron el camino excitadamente.

Llegué a la casucha. Algunas señoras con sus hijos subidos en una carreta se disponían a partir.

-¿Van a Catorce?- Pregunté en un gemido. Todos me observaban con miedo y desconfianza.

-No- Respondió una -Pero hacia allá está la carretera y pasan muchos coches que lo pueden llevar-.

-¿Está muy lejos?-.

-No; está cercas-.

-¿Hacia allá?- Señalé con el dedo.

Asintieron. Eché a andar otra vez.

La cercana carretera estaba cuando menos a tres kilómetros, y lo único reconfortante cuera ser que no tenía pierde de llegar al pueblo.

Las piernas me dolían intensamente, y hubiera podido matar por un poco de agua. La boca tan reseca que cuando respiraba con la nariz para pasar una mucosidad, ésta se quedaba atorada en la garganta.

Me solté a llorar. Maldije al Dios de los Cielos más de una vez. Maldije al desierto, al peyote y me maldije a mí mismo por haberme entrado en una aventura de ese tipo.

No quería ni imaginarme los pies: me dolían como nunca, y las piernas, adormecidas de tanto caminar. Jamás pensé en enrolarme en una aventura de ese tipo. El cigarro que tenía en las manos los destrocé con desesperación.

Ahora entendía lo que ellos sentían cuando los hacía sufrir sin piedad alguna. Me solté a llorar, grité, y por trechos corrí para apresurar la marcha.

Me preocupaban un poco Isaac y Abimael, y no obstante, ya lo tenía todo planeado: esperaría hasta el siguiente día para

ver si regresaban, y si no, me volvería a la ciudad yo solo. Argumentaría que me regresé antes por enfermedad y que no supe más de ellos. Era una coartada perfecta por si algo malo llegaba a sucederles.

Pasó un coche en dirección contraria. Luego una motocicleta con una pareja encima de ella. Vi algunas vacas y a algunas personas también, pero nadie pasó en dirección a Catorce.

Después de un largo rato donde me percaté que el Todopoderoso no me haría ningún milagro, apareció el cementerio postrado ante mis ojos fenomenal y maravilloso. No pensé que un cementerio al que no había prestado atención en un principio se mostrara tan halagador luego de un rato de caminar en el desierto.

Estaba desesperado, pero mi amuleto me daba tranquilidad.

-Si con tu sangre preciosa- Rezaba -Señor, me habéis redimido, que me perdones te pido por tu pasión dolorosa... Yo no soy digno para que entres en mí casa, pero una palabra tuya bastará para sanar mi alma-.

De pronto llegué al pueblo casi sin darme cuenta, y me detuve en la primera tienda para comprar un refresco. Me senté en la banqueta y bebí hasta el fondo.

-¿Cuánto es?-

-Setecientos pesos-.

Me esculqué los bolsillos y saqué seiscientos cincuenta. - Me faltan cincuenta pesos, ¿o tiene cambio de cincuenta mil?-

-Así está bien-.

Agradecí y me dirigí a la casa.

Afuera, platicando con un muchacho del lugar, estaba el español.

-¿No han llegado?- Pregunté.

-¿Se separaron?-

Asentí.

-¿Y encontraron?-

-Sí, pero no me prendió-.

-¿Cuánto comiste?-

-Como uno y medio-.

Llegamos a la casa de la vieja. Entramos, y tras forcejear un poco con la ventana logré entrar para mudarme de zapatos. Un descanso indescriptible fue lo que sentí cuando me puse los tenis y caminé con ellos: una frescura, una relajación indecible. Salí.

-¿Hay algún lugar para comer algo?- Le pregunté.

-Hay dos fondas: Una para allá y la otra para allá- Señaló el pueblo con la primera y el lugar donde habíamos visto al camarón en la mañana.

-Voy a la de allá-.

-En las dos tienen dos platillos nada más, pero la carne es muy buena. ¿Qué hora tenéis de casualidad?-

-No tengo reloj-.

-Bueno; pienso que han de ser las cinco o cinco y media-.

-Igual-. Dije -¿Ya conseguiste marihuana?-

Una suave llovizna se soltó. Me quedé a mojarme.

-¿Ya regresaron?- Me dijo una voz a mi derecha.

-Nada más yo: los otros se quedaron un rato más-.

-¿Y si encontraron?-

-Bastante, pero no me hizo efecto-.

-¿Vas a comprar?-

-Lo más seguro es que sí: estoy interesado en el chicle, ¿si tiene de ese?-

-Es muy difícil de conseguir-. Señaló a la derecha. Una banda de mosquitos. Cientos, miles de ellos pasaban a un lado.

-Cuantos mosquitos- Dije.

-Aquella cosa refulge en verde, ¿ya la viste?-

Eché un vistazo: era la punta de un cacto que brillaba y sobresalía por entre las demás con un verde radiante.

-Sí

-Peyote no, porque no me lo puedo comer. Polvo yo creo, ¿cuánto vale?-

-Treinta-.

-Un paquetito entonces por favor-.

-Ahora se lo traigo.- Se retiró feliz.

La lluvia había cesado. Me puse de pie y caminé a un lado para mirar al desierto y para ver si los veía llegar.

Toqué el amuleto suavemente: podía sentir a mi prenda amada

tan cerca de mí que no dudaba ni un instante estaba en pensamiento conmigo. Ella me había cuidado de los peligros del desierto, y gracias a ella y al amuleto que me había dado había regresado sano yo mucho porque no tenía la más remota idea del tiempo que pasaba entre cada cigarrillo, por una parte, y porque no me quería ver sin cigarrillos. No importaba, no del todo; la tenía junto a mi persona y pendía de mi cuello. Ella estaba tan cerca de mí como el hombre que había ido por polvo de peyote para empezar mi loca alucinación.

Ay de su amuleto; ay de mi bien amada. ¿Qué estaría haciendo en estos precisos momentos?, ¿estaría pensando en mí? No importaba, no del todo; la tenía junto a mi persona y pendía de mi cuello.

Salió del cuarto sin más ni más. Yo aguardé recostado a que los otros dos volvieran.

LA IRREALIDAD HUMANA

Escruté la distancia: allá, a lo lejos, caminaban apaciblemente dos muchachos. Caminé hacia ellos: eran Isaac y Abimael con rostros sudorosos y cansados.

Eché a correr; les hacía señas con las manos, y sin importar los dolores que aquejaban mis pies, saltaba, brincaba, reía alegremente y a grandes zancadas me les aproximaba. Llegué con ellos: Isaac cargaba la mochila todavía.

-¡Que gusto!- Grité con una fuerte sonrisa. Los dos se echaron a reír.

-¿Hace cuánto llegaste?- Preguntó Abimael.

-Hasta me cambié las botas-.

-Que buena onda- Dijo Isaac y se echó a reír.

-¿Te ayudo con la mochila?-. Se la quité de los hombros, y di gracias de haberme regresado por mi cuenta. El peso era fatal e increíble, y si ya estaba de mal humor en el desierto, habría golpeado a alguno de ellos.

Saqué las piedras que había recolectado en el desierto y las puse en el suelo.

-Yo también tengo- Dijo el español, se puso en pie y luego de unos minutos entró nuevamente con un ciento de piedritas en una bolsa.

Los tres caminamos hacia el restaurante. Los tres con sonrisas y los tres con tantas cosas por platicar que ninguna salía a conversación inmediatamente. Nos veíamos, nos reíamos sin decir nada.

Yo los comprendía, en parte: era como una risa histórica: tal y como la que sentí cuando regresaba.

Nos sentamos en una mesita; la más cercana a la puerta, con grandes sonrisas en nuestros rostros pero sin decir absolutamente nada.

-¿Y qué tal les fue en el desierto?, ¿por qué tardaron tanto?-.

-Nos perdimos, ¿y tú qué?: estábamos muy preocupados por ti; ¿a dónde te fuiste?-.

-¿Me oyeron cuando grité “agua”?-.

-Si eh, de veras: Abimael y yo pensamos que querías agua...-.

-¿Encontraron la cantimplora?-.

-Si-.

-Bueno: di un trago de agua y se las dejé porque no se me hacía justo que se quedaran sin agua. Luego llegué a donde se desviaban los caminos. ¿Por dónde se fueron ustedes?-.

-Por el de la derecha, ¿y tú?-.

-Por el de la izquierda-.

-Ah, ¿te cae?-.

-Fui a dar a una casita donde me dijeron que la carretera estaba aquí “cercas”, y su cercas resultó como a tres kilómetros-

Se echaron a reír. -¿Y no te perdiste?-.

-No; ya cuando llegué a la carretera sólo seguí de frente. Ya me hice católico, judío, protestante. Ya se le menté a Dios, ya me reconcilié con él. Ya lloré, ya reí, ya grité...-.

-¿Nos viste venir?: -

-Sí, no mames, estuvo cabroncísimo. ¿Y ustedes de qué se ríen?-.

-No sé- Dijo Abimael -Que buena vibra traes: me late tú vibra, hasta pensé que eras Cristo...- Dijo Isaac. Rieron.

-Sí, no mames, estuvo cabroncísimo. ¿Y ustedes de qué se ríen?

Se soltó a reír.

Yo también lo hice.

Nos sirvieron la comida.

En eso llegó en Camarón con el polvo que le había encargado.

-También voy a querer- Dijo Abimael.

Se fue nuevamente y no tardó mucho en regresar, en darnos nuestro polvo sagrado, en cobrarnos, en explicarnos que tres cucharadas eran suficientes como para lanzarlo a uno en órbita en menos de treinta minutos y marcharse. Antes de que nos fuéramos le pedí un poco de marihuana, pues recordaba al buen español y quería meterme un viaje como jamás había sentido con anterioridad.

Nos dirigimos a la casa.

-¿Y tú ya te prendiste compadre?- Le pregunté a Abimael.

-Ay- Se estremeció -Esta vibra está buenísima-.

-Ahorita los alcanzo, van a ver- Dije -Tres cucharadas y voy a estar en su nivel. Ahorita los alcanzo-.

Se echaron a reír.

Llegamos al cuarto, nos tiramos en la cama. El español había entrado con nosotros.

-¿Consiguieron mucho?-.

Dijo Abimael -Conseguí un poco de marihuana- Le dije al español.

-Voy por una pipa para fumar- Salió del cuarto.

Excitado, y desesperado por ingerir un poco del polvo, abrí la bolsa y me llevé un poco a la boca. Espeso como la cebada se pegaba en las paredes de mi paladar y no me dejaba tragarlo libremente.

-¿Qué tal está?- Preguntó el español de vuelta.

-Es muy espeso- Respondí.

-No sé si comprar o no. Lo pruebas y nos platicas qué tal para ver si me animo a comprar-.

-¿No quieres un poco?- Pregunté.

-No muchas gracias, mejor nos platicas después qué tal-. Me serví un poco en la tapa del refresco, me lo eché en la lengua y lo tragué con agua. El estómago me dio un vuelco fatal y corrí para vomitar a un lado de la puerta.

Apenado caminé a la llave de agua. Me mojé la cara y regresé al cuarto.

Tomé la marihuana y se la di al español.

Encendió la pipa y la pasó. El otro dio una calada, la sostuvo a la altura del pecho, puso más hierba en la punta de la pipa y me la pasó.

El extranjero había salido del cuarto para regresar con unas pelotas con las que lanzaba al aire como lo hacen los payasos en el circo.

Los cuatro, estupefactos, lo veíamos arrojar dos bolas mientras tenía una en la mano, cacharlas al tiempo que arrojaba la otra y así sucesivamente.

-Espero que no les moleste-. Su español era muy entendible, y aunque mantenía ese acento europeo, la dicción era excelente.

A diferencia del peyote, la marihuana actuó inmediatamente.

-Los indios lo cortan con piedras, ¿verdad?- Le preguntó al extranjero.

-Sí, porque el metal mata a la planta-.

El rostro de Abimael lucía triste y deprimido.

-Ya escuché al jabalí- Me dijo.

-Yo también- Respondí -Pero no era un jabalí, sino unos cerdos que se oían detrás de la pared-.

-No, yo también escuché a los cerdos, pero ya oí al jabalí-.

Por alguna extraña razón no quería creerle. Por alguna extraña razón quería desacreditarlo. No sabía si alucinaba o no, y solamente él lo sabía, pero sentía como si me quisiera presumir que su viaje de peyote era mejor que el mío.

El español ofreció más marihuana. Nadie quiso. Ansioso, la tomé e inhalé lo más que pude. Hacía ya más de dos años y medio que no fumaba marihuana, y quería volver a sentir sus efectos cuanto antes.

Se la di al español, fumó un poco, sacó una piedra y explicaba lo que sentía con esa piedra: a algunas les veía cara de indio, a otras una luminosidad fuera de lo común.

Por alguna razón no tomaba en cuenta mis piedras, ni siquiera las volteaba a ver. Era como un juego: yo lo sentía como un sobre mis sentidos. La paranoia, las sombras y los colores empezaban a adquirir una espectacular visión.

-Miré a Abimael y salí a respirar un poco de aire-. Abimael fue atrás de mí.

-Se me hace que te prendiste con la marihuana- Dije.

-No fumé- Respondió.

Entré al cuarto.

-Te ves horrible- Me dijo.

-Soy un demonio- Respondí. Lo quería meter en un mal viaje del que no se pudiera salir jamás.

Isaac se puso de pie y salió. Me apresuré a recostarme en su cama y a observar la acción.

-¿Y tú qué haces en España?-.

-Yo trabajo en un teatro, you know- Volteó a ver al extranjero. Este asintió con la cabeza -Pero es un teatro donde la gente convive con uno, you know, ¿gente, gente?- El extranjero asentó.

-Y es muy gracioso, you know, ¿gracioso?- La acción se repetía una y otra vez: al decir "you know" aguardaba a que el otro asintiera. Se rascaba una pierna como si tuviera un tic nervioso. -Porque en los teatros convencionales uno ve al actor, you know, ¿actor, actor?... pero en este uno convive con la gente, you know, ¿gente, gente?-

-Ah, como si se bajaran al escenario, ¿no?- Dijo Abimael.

-Exacto: estamos en las gradas, ¿cómo se dice gradas?... bueno en fin, you know, ¿gradas, gradas?-. Hacía señas con las manos.

-I understand, dont worry about me: I can understand your spanish. Dont worry-.

-You sure yo understand?-.

Asintió.

-¿Cuál es la fiesta de "San Germán"?- Pregunté.

Se llevó la mano a la cabeza. -No la conozco: en mi pueblo se hace una gran fiesta, pero es otra-.

Con la cantimplora empezó a tocar una canción. Quería fanfarronear, quería sentir lo que no sentía, o quizás si lo sentía, no quería creerle.

-Está muy buena, ¿eh?- Le dije al español.
Respondió afirmativamente.

De pronto me percaté que su voz empezaba a disminuir de velocidad, como si hablara en cámara lenta, como si intangiblemente me fuera yo de la realidad. Temía por un derrame cerebral o por un desmayo. Parpadee con fuerza y la velocidad de las palabras volvieron a la normalidad. Jamás me había pasado: ni las otras veces que había fumado marihuana.

-Ah, ya te entendí- Dijo Isaac -O sea que te bajas a las gradas con el público, ¿no?-.
El español asintió y continuó hablando.

Isaac seguía acostado en la cama. De cuando en cuando se volteaba de su lugar para observar.

El otro dijo su nombre también, pero no supe cuál era. Las palabras habían entrado por uno de mis oídos y las había visto salir por el otro sin poder retenerlas con las manos.

-Bueno, creo que ya me voy para descansar un poco- Dijo Eduardo, se puso de pie y salió. El otro hizo lo mismo.

-Creo que ya sé cómo hacerle para que puedas comer peyote sin que vomites- Dijo Abimael -Hay que hacer unas pastillas para que te las tragues-.

-No te claves en mala onda- Le decía a Isaac con el fin último de alucinarlo en un mal viaje.

-Te ves horrible-.

-Es que soy una pesadilla que ha venido por ti Isaac; no te claves en mala onda-.

-No me estoy clavando-.

-Sí, si te estás clavando Isaac y no te la vas a acabar: nada más no te claves-.

-¿Qué haces Abimael?- Pregunté cuando al fin me percaté de que no podría lanzar a Isaac a un mal viaje.

-Hago unas pastillas- Respondió enojado. Su semblante parecía el de un padre que no sabe cómo controlar a sus hijos. Me di cuenta entonces de que habíamos caído en otro extraño juego: yo actuaba como el niño malcriado, consentido y maldoso. Abimael como el padre enojón, como el que todo lo sabe y como al que se le tiene que rendir respeto. Isaac, por su parte, muy invisible: a veces de hijo pródigo.

Isaac seguía acostado en la cama.

Hacia rato que lo había visto comer un poco después de olerlo y examinarlo, y era lo que me daba a suponer que él no estaba alucinado: Si comía más era porque le hacía falta para viajar.

Tomé la bolsa de plástico y vacié un poco en el agua. El polvo se esparció como una gota de detergente.

-No mames- Me reclamó Abimael -Así no: se desperdicia-. Vacíe otro poco y me reí.

-No mames- .

Repetí la acción hasta que me cansé de la monotonía. De cuando en cuando salía a respirar un poco de aire fresco. El cuarto olía a pies, a sudor y a calcetines.

Maldije en silencio el peyote por no haber querido funcionar conmigo y volví a la habitación con mi afán de continuar con el juego.

Reía de cuando en cuando, o pensaba en hacer alguna maldad a los dos presentes.

Como si me leyera el pensamiento, cada vez que pensaba en algo malo, o reía de alguna buena travesura, Abimael volteaba con esos ojos de padre que está al borde de una crisis, de tomar su cinturón y comenzar la golpiza.

Minutos más tarde regresó Abimael, me vio desde el umbral con esos mismo ojos de enojo. Luego vio las pastillas de peyote que seguían intactas en la mesa. Yo reía.

Eché un vistazo alrededor del cuarto y salió.

No tardarían mucho en regresar.

Pero eso pensaba, justamente, hacía unos momentos, y ya había anochecido, y ya me había tragado las pastillas de peyote, y ya había vomitado en la bandeja.

Quería orinar, pero no me daban ganas de pararme y caminar hasta el baño.

Quizás podría orinar donde apareció el ratón, al fin y al cabo se suponía que yo era el niño malcriado.

Me puse de pie tambaleante y caminé hasta Abimael. En una tina de metal, con un poco de agua, hacía sus pastillas: tomaba un poco de peyote en las manos y lo remojaba hasta darle forma de pastilla.

-A mí se me hace que no estás prendido- Dije burlonamente.

No respondió.

-Voy a salir a caminar un rato- Dijo.

-Voy contigo- Dijo Isaac.

-Comete eso- Ordenó Abimael.

Iba a responder "si papá", pero preferí reírme.

El español entró con un cuchillo en la mano. Unos segundos de tensión tal vez, o quizás fueron largos minutos: su clara mirada perdida en la mía, su sonrisa maliciosa y el puñal bien firme en su mano.

Vi el cuchillo, luego lo vi a él y me aterricé.

Al parecer se dio cuenta de lo que sentía al respecto, porque como si despertara de un sueño se estremeció, depositó el cuchillo en la mesa y tomó su pipa.

-Disculpa que no la deje- Habló -Pero es la única que tengo y por aquí no se consiguen-.

-No te apures-.

Miré al techo para asegurarme de que todo siguiera en su lugar. Y así fue: ni siquiera las arañas patonas se habían movido de donde estaban.

La araña del piso se me había perdido de vista, y mientras no apareciera cerca de mí todo estaría perfectamente bien.

Levanté la mirada al techo: un mosco amarillo, bastante grande luchaba por penetrar las vigas. Se dejó caer en picada sobre mí: me hice a un lado de inmediato. Volvió a subir al techo, y repitió la acción: era como si tomara altura para dejarse caer sobre mí y enterrarme su alargado y puntiagudo aguijón.

Debía matarlo, tal vez, pero tenía pereza de ponerme en pie, de tomar un zapato y darle muerte cuando cayera a la cama a escasos centímetros de mi cuerpo.

Repitió la acción dos o tres veces hasta que se enredó en una de las tantas telarañas que colgaban de las vigas. Atento, esperaba que un arácnido saliera y se lo comiera, pero no tuvo suerte: un rato después se logró soltar y salió por la puerta.

Pensé en Isaac y Abimael: tal vez debía ir a buscarlos, pero qué tal si me perdía: en mi estado no podía ni caminar por las ámpulas que habían salido en mis pies. Ni siquiera tenía ganas de moverme, y cuando lo hacía más bien parecía un viejo decrepito a quien la senectud ha golpeado intensamente.

Pensé por un instante en lo que les diría cuando volvieran: tal vez podría engañarlos y contarles de mil alucines, o platicarles mi aventura con el mosco, o hacerme el místico, poseído, como si estuviera muy lejos de mi realidad.

Podría hablarles de los personajes de mis novelas e imaginar que vivía en una, o tratar de guiar a Isaac en el peor de sus viajes para que nunca más en la vida deseara volver a probar enervantes.

Quería orinar, pero tenía miedo y pereza de hacerlo fuera del cuarto: tal vez si orinaba en el rincón de donde había salido el ratón y argumentara no estar en mis cinco sentidos, los otros dos no se enojarían tanto conmigo, de cualquier manera: ¿No se suponía que yo tomaba el papel de niño malcriado?

A veces miraba el techo, a veces tosía como un tuberculoso, otras escuchaba las voces de los de afuera, otras los dibujos en las paredes, pero mi cerebro no dejaba de dar vueltas.

Me había conflictuado internamente con una serie de preguntas y respuestas que se volvían infinitas, y donde, al final de todo: "estaba bien" cualquier cosa: si estaba en un lapso de razón donde toda mi realidad no existía, estaba bien, y si mi realidad eran mis recuerdos, también estaba bien, y si no lo eran, también, y si la araña nunca había crecido o nunca existido, estaba bien, y si el mundo era redondo estaba bien. Todo, absolutamente todo estaba bien: vomitar, reír, escuchar

voces, cantar, ver a los insectos danzar para el deleite de uno: todo, absolutamente todo estaba bien.

No obstante, el problema comenzaba cuando trataba de elegir una realidad: tal vez Isaac y Abimael nunca habían existido, y estaba bien también, pero ¿cómo saberlo?: ¿cómo saber si ellos eran producto de mi ávida imaginación o si realmente existían?, ¿cómo saber si yo vivía en el Distrito Federal o siempre había estado aquí, en Catorce, y ahora tenía un momentáneo lapso de razón?

Me empezó a dar tantas vueltas el cerebro y empezaron a cruzar los pensamientos por mi mente a una velocidad tan increíble que llegó un momento en que mi cerebro figuró dividirse en dos: mientras que había una parte que pensaba a una alta velocidad y que se conflictuaba, había otra que al mismo tiempo pensaba en cosas totalmente distintas y apartadas de la imaginación.

Era como si mi consciente y mi subconsciente se revelaran al mismo tiempo y salieran a pelear en mi cabeza donde yo era un mero espectador y mediador de lo que sucedía. Una sensación extraña, que no hubiera podido lograr con la marihuana ni aunque me hubiera fumado tres kilos: era como si el yo, el ello y el súper yo discutieran en frente de mí, en mi cabeza, en mis entrañas: tres personas distintas que eran una misma.

Recordé al Espíritu Santo, y pensé que tal vez los antiguos habían comido peyote para poder imaginar tales cosas. De pronto, un entendimiento hacia la vida, muchas veces absurdo, o muchas otras suficientemente estable para mí se presentaba: los conflictos, las preguntas de la existencia humana se respondían con la alucinación del peyote.

Era algo fantástico: todo tenía una respuesta lógica, y todo estaba bien también: Si los astros tiritaban en la noche era porque tenían frío, si los insectos volaban era porque tenían alas, si los ojos servían para ver era porque los oídos servían para escuchar. El ser humano había evolucionado de un microbio, y si no lo había hecho así, y si había sido traído por una nave espacial y la tierra servía como invernadero o algo parecido, estaba bien. Todo estaba bien, y todas las hipótesis y

teorías estaban bien también porque todas y cada una de ellas tenían una validez infinita. Desde los postulados maquiavélicos hasta las utopías marxistas y las políticas keynesianas estaban bien porque todas tenían un poco de razón, o un mucho de locura. Mi conclusión: los hombres eran infelices era porque no habían comido peyote.

Todo era t porque todas tenían un poco de razón, o un mucho de razón, o quizás nada de razón, pero de cualquier manera estaban bien, y si los hombres eran infelices era porque no habían comido peyote.

Todo era tan sencillo: esa facilidad para responder las preguntas y que tanto había buscado durante mi vida estaba presente en un inofensivo viaje con peyote en mitad del desierto. Amor y paz para los hombres.

Debía dejar de alucinar, toda esa maravilla que giraba alrededor de mi ser, de mis pensamientos más rebuscados y de mis más locas ideas.

Yo era Cristo, yo era Dios, yo era el Creador y Hacedor de todo lo que me rodeaba: yo había hecho a los hombres, a las estrellas, y al mismo peyote, y había adquirido forma humana y todo lo que quisiera que pasara pasaría porque así estaba escrito, y si no pasaba estaba bien porque no tenía que pasar, pero si pasaba también estaba bien porque tenía que pasar, y de cualquier manera todo estaba bien.

Llegaron al fin después de un rato: no sabía si había sido mucho o poco tiempo; el concepto de la realidad se había vuelto demasiado distan-te, aún para mí. Y

-¿Cómo estás?- Preguntó Abimael. Isaac se recostó en la cama de enfrente.

-Está cabrón...- Respondí. Pensé por unos segundos en la maraña que giraba en mis cabeza -...Está cabroncísimo-.

Abimael sonrió. -No me entendías en la escuela cuando te decía que estaba muy cabrón el pedo... ¿Ahora entiendes lo que te quería decir?-.

-Está cabrón...- .

Eché a reír. -¿Ya te comiste las pastillas que te hice?-.

Asentí.

-Creo realmente que si te puso en órbita el peyote, porque pasó mucho tiempo antes de que vomitaras y algo se te debió quedar para que alucinaras...-.

-Conozco los efectos de la marihuana- Interrumpí -Y ya pasé por todos y cada uno de ellos, pero esto es nuevo, esto es...-.

-Cabrón- Dijo.

-Cabroncísimo-.

Miré a Isaac: con la mirada perdida en el techo no prestaba atención a lo que decíamos: parecía estar en otro mundo, en otra dimensión o en otra realidad.

-¿Te volviste a vomitar?- Cuestionó Abimael enojado. Me reí con cinismo sin responder.

-¿Y por qué no te vomitaste afuera?... hay que lavar esto... ayúdame a lavarlo...-.

-Así déjalo Abdú: que lo lave la vieja... para eso le pagamos... - Me reí: todo había dejado de importar entonces. Abimael salió con la bandeja de metal para lavar mi desecho plena y puramente orgánico. -¿Y tú que tienes?- Le pregunté a Isaac.

-No pus... es que... hay que avisarle a la gente que esto es muy peligroso... no sé cómo le voy a hacer para cambiar a la gente... hay muchas cosas por decirle a la gente... no sé cómo hacerlo...- Se puso de pie y salió de la habitación.

Lo miré: estaba en un mal viaje cuyo causante inmediato había sido Abimael sino porque todo está bien de cualquier manera-.

-¿Ya oíste al jabalí?- Preguntó inquisitivo.

-Escuché al jabalí de metal: tu pinche jabalí es una máquina que arroja humo y que hace chucu-chucu-chucu, púpú-

Me reí burlón. -Lo más importante de todo es que ya tuve una introspección cabroncísima, y me di cuenta de algo: me amo tal y como soy: extraño a mi novia, extraño a mi escuela, extraño mi casa, extraño mi forma de ser, de sentir y de amar: me extraño a mí mismo: soy un racista, hipócrita mil caras, frío y calculador, y me amo como soy. Mi vida está perfecta, y todo está bien, si estamos aquí o si solamente alucinamos que

estamos aquí está bien, todo está bien, y yo estoy bien, y me extraño...-.

Cada vez que decía “Está bien” se reía. Mi boca no dejaba de hablar, y aunque no estaba muy consciente de lo que decía porque pensaba en mil cosas al mismo tiempo, sabía que hablaba porque la resonancia de mi voz chocaba contra mi garganta y entraba por mis oídos.

-Oye cabrón- Dijo Abimael. Dejé de hablar por un instante. -Ya cállate- Dijo -¿No te cansas de hablar?-.

Sonreí y seguí hablando.

Hablaba acerca de las perspectivas, de la vida, de la filosofía y de lo feliz que era conmigo mismo, del racismo, de la anarquía y de mil temas que llegaban a mi cabeza.

De cuando en cuando escurrían algunas lágrimas por mis mejillas, cuando añoraba mi casa, mi coche, mi vida: no tenía ninguna necesidad de estar en ese endemoniado lugar con un dolor espantoso de pies.

Al fin tuve un corto lapso de silencio. Suspiraba, tosía, fumaba un cigarrillo y pensaba.

-Isaac se clavó mucho ¿verdad?- Pregunté.

-Creo que fue mi culpa, porque desde que le dije que había que ayudar a la gente dejó de hablar...-.

Me reí. -Que chido-.

-¿Qué?-.

-Que no me importe decir “chido”: es más; no sé ni por qué lo digo: odio esa palabra, se me hace de lo más vulgar y corriente-.

-Pues la has dicho mucho-.

-Y no me importa porque todo está bien de cualquier manera. - Que cabrón, ¿no?-. Medité por unos segundos. -Voy a escribir un poema a ver qué sale-.

Tomé un papel y una pluma, empecé a escribir. Se me dificultaba mucho contar la métrica y buscar la rima, y más aún, mantener fija mi atención en lo que escribía sin divagar mil pensamientos que llegaban a mi cerebro como pesadas tempestades.

Al final así fue como quedó el poema:

Cecilia de mi vida, yo bien profano:
en contra mía, y, en contra de todos
un verso muy denso, más bien muy insano
te escribo porque me vibran los recuerdos

y también las tan pesadas proyecciones.
¡Ámense todos!, por favor: amor y paz
como yo te amo en mis vívidas canciones,
acostones... y es que si quieres que rime has.

Tu amuleto sin duda es de gran apoyo
pero tu amor es infinito, y lloro
y molesto, río, y determino, yo;

El Hacedor, el Dios, el Cristo el Redentor
y por eso, vida, familia, valoro
pero más aún, la dulzura de tu amor.

Lo releí en silencio: tal vez sonaba muy tonto y sin mucha
profundidad, pero me había costado en verdad escribirlo como
antes no había sufrido con un poema. Empecé a llorar en
silencio por lo que leía, por lo que había escrito.

Se lo leí a Abimael.

-¿Qué tal?- Pregunté.

-Está cabrón- Respondió.

-Quizás mañana que se me haya bajado el efecto del
peyote y lo vuelva a leer piense que es una porquería, pero a mí
me gusta... lo voy a llamar "Soneto para Cecilia estando bien
Peyote"...-

-¿Se lo vas a dar?-.
-Se lo escribí a ella-.

-Es extraño...-.

-¿Qué es extraño Abdú?-.
-Tú eres extraño-.

-¿Por qué?-.
-Es la primera vez que veo a alguien alucinarse con peyote
estando enamorado-.

Me reí. -¿Qué, nunca habías visto a alguien drogado que estuviera enamorado?-.

-No: las otras veces que vine o todos habíamos tronado con nuestras respectivas o nadie tenía novia, pero es la primera vez que conozco a alguien enamorado...-.

-¿Y qué tiene?-.

-Es distinto: tienes otros rollos, haces otras cosas, dices otras cosas y piensas en otras cosas-.

Suspiré hondamente.

-¿La quieres?- Preguntó.

-La amo con todo el corazón y no me da pena decir que estoy perdidamente enamorado de ella-.

-¿Y tú pasada novia?

-¿Atenea?-.

-No sé: no había pensado en ella-. Pensé en Cecilia y suspiré profundamente. Miré hacia el suelo: la cara de un soldado con casco se había formado con el peyote, las cenizas y el polvo del suelo. -¿De qué le ves forma a esa mancha arriba de la piedrita azul?- Cuestioné.

-Parece un soldado ¿no?, ¿y tú?-.

-De soldado también: que chistoso ¿no?, como si nos transmitiéramos los pensamientos...-.

Me cambié de cama. Abimael se había sentado en una silla. Le confesé haber visto un ratón de campo, lloré mis penas y me desahogué tan profunda y deliciosamente que no podía creer que llorar fuera algo tan dulce y relajador.

Luego cambiamos de lugar: yo me senté en la silla y él me confesó algunas cosas. Yo quería saber lo que sentía para compararlo con mi sentimiento, pero afirmaba no estar dentro de ningún alucine, sino como mero espectador de lo que decíamos Isaac y yo.

Le platicué de mis paranoias, de mis malas intenciones y de la vibra que había sentido, del juego que se había entablado en un principio y de la manera en como yo creía que pensaba.

Entonces supe que los dos seguíamos drogados y con la misma actitud que en un principio, un poco más ligera y menos marcada que la anterior. Los efectos parecían alejarse poco a poco, y lentamente me tranquilizaba y volvía a mi realidad.

Ya cuando me cansé de hablar me remití a suspirar. A veces abría la boca para decir algo pero desistía al momento. No valía la pena ya comentar lo que pensaba. Amor y paz para los hombres.

Regresó Isaac, y luego los tres salimos a la oscuridad interrumpida solamente por el jabalí de metal que pasaba de cuando en cuando.

Abimael callado y pensativo. No se veía mucho cambio en sus actitudes ni en su persona, y al parecer no había cambiado mucho de cómo lo conocí en el tren o en la escuela.

Isaac sumido en la misteriosa profundidad de sus pensamientos. Ya no hablaba ni comentaba nada, y si uno le preguntaba alguna cosa, se remitía a levantar los hombros, mirar las estrellas y suspirar. En sus ojos había tristeza y desesperación.

Yo, por mi parte, le veía cara de búho a Abimael, rostro de marciano a Isaac y no me importaba si salía o no una araña en aquella soledad del pueblo iluminada a medias por la parva luz de los faroles.

Un rato después regresamos al cuarto, le pedimos de favor a la señora que nos despertara a las seis para tomar el siguiente tren de regreso, rociamos matamoscas en la habitación, platicamos un rato con el español y nos volvimos a meter.

Me recosté en una cama y vi la figura en el suelo: me sorprendí: el soldado que se veía desde la otra cama era totalmente distinto al que yo había visto: este era un hombre de cuerpo completo con un fusil, a diferencia del otro que nada más era una cabeza con casco.

-Acuéstate en la cama Abimael- Le dije. Me miró extrañado y sin ánimos de empezar un nuevo alucine. Un poco cansado obedeció sin oponer resistencia. -¿Ves al mismo soldado?-. Estudió el piso y mostró cara de extrañeza. -No; ya no lo veo, de hecho- Dijo.

-Porque yo estoy viendo otro soldado distinto al que vi desde allá... que cabrón ¿no?: los dos vimos una cosa pero de diferente perspectiva-.

Se acostaron en la misma cama.

-Veo que se conocieron muy bien allá afuera- Dije.

Se echaron a reír. Apagó la luz y se hizo la noche. Estaba muy cansado como para seguir pensando así que me dormí al amparo de un viaje de peyote.

Yo solo quería que los hombres se amaran unos con otros, y eso haría: correría por las calles gritando “amor y paz.”

¿Habría vencido mi aracnofobia?

Y es que mi vida era tan perfecta: tenía novia y la amaba con todo el corazón: ya tenía prisa por regresar. El tiempo se había vuelto demasiado distante, aún para mí. Yo sólo quería que la vida fuera paz y amor.

EN CAMINO HACIA EL DESIERTO

Miré a mí alrededor. La última vez que había estado en la estación de trenes de Buenavista fue en la preparatoria, y de eso hacía más de cuatro años.

Un vacío inmenso, quizás por la hora, o tal vez porque las estaciones ferroviarias siempre son así de feas, así de frías y así de impersonalmente solitarias.

-¿Ya habrá llegado Isaac?- Le pregunté a Abimael.

-No se ve por ninguna parte- Respondió.

-¿Por qué me dijiste que tu amigo siempre no pudo venir?-.

-Tenía que practicar o algo así-. Ya me lo había dicho una vez; cuando lo recogí junto con mi padre del metro Normal, pero con los nervios de la hora, porque ya se había retrasado casi diez minutos no puse mucha atención a sus palabras.

-Ah, si es cierto; ya me lo habías dicho-.

-¡Isaac!- Gritó con fuerza al tiempo que caminábamos de un lado para otro. Su grito hizo eco en las paredes, reverberó por algunos segundos y al fin se calló.

Miramos hacia todas partes: el hombre que hacía el aseo pareció no inmutarse, ni tampoco las contadas personas que trataban en vano de cobijarse del tremendo frío del amanecer.

-¿Crees que venga?-.

-Estaba muy emocionado: era el que más ganas tenía de ir: quizá se le hizo tarde o no supo cómo llegar-.

-¿Dónde vive?-

-Hasta el Sur, quién sabe por dónde-

Pasamos a una ventanilla a preguntar por el tren a Catorce: salía a las nueve de la mañana y costaba como dieciocho mil pesos por persona.

Nos adentramos en la estación y pasamos a otra parte donde la gente, tirada en el suelo, dormitaba con sus pertenencias a un lado. Algo deprimente, por cierto.

Frente a nosotros, Isaac miraba hacia todas partes, con una mochila al hombro y como si fuera la primera vez que veía gente pobre tirada en el sucio suelo.

-¿Qué onda muchachos?: se les hizo tarde, ¿verdad?-

Preguntó.

-¿Dónde estabas?; te hemos estado buscando desde hace rato: Abimael hasta se puso a gritarte, ¿no nos oías?-

-Ya llevo rato aquí, pero no sabía dónde nos habíamos quedado de ver, porque hay dos salas, y pensé que era la de aquí adentro-

-Vamos a comprar los boletos- Dije.

-¿Ya preguntaron qué onda?-

-Cuesta diecisiete y algo y sale a las nueve-

-Que chido, quiero decir; ¿no les da emoción?-

Compramos los boletos y nos fuimos a sentar al otro lado de la estación: todo era ahora tan extraño; desde la señorita que nos había vendido los asientos, como si supiera a qué íbamos y por qué lo hacíamos, hasta la misma gente que pasaba y nos miraba como si fuéramos culpables de un asesinato o de algo mucho peor. Cuando menos en mi interior, una extraña paranoia se apoderaba de mis sentidos.

-Mi mamá hizo unos sándwiches para el camino- Dijo Isaac y nos mostró la bolsa.

-¿Tú qué dijiste en tu casa?- Me preguntó Abimael.

-Que iba a un concierto tuyo a San Luis Potosí-

-¿Y tú Isaac?-

-Que iba a San Luis Potosí a casa de un cuate-

-¡Chispas!- Exclamó Abimael -Creo que yo soy el único mentiroso: a ver si no me descubren...-

-¿Por qué, qué dijiste?-

-Que iba a casa de un amigo a Cuernavaca, y tuve que dejar teléfono, dirección y todo. Si llegan a hablar a tu casa- Me señaló -No me la voy a acabar cuando regrese-.

-¿No quieren uno?- Isaac extendió la mano con un pan envuelto en una servilleta-.

-No gracias- Dije -Acabo de desayunar-.

-Yo si te lo acepto: me muero de hambre-.

-Deberías guardarlos para el camino-.

-Pero qué onda Abimael: cuéntanos tu experiencia con el peyote-.

Los dos volteamos a ver a Isaac, luego miramos hacia todas partes: hablaba demasiado fuerte y queríamos pasar lo más desapercibidos posible: uno nunca sabe cuándo o dónde se va encontrar con una hueste desalmada de judiciales.

-La primera vez que lo probé no fue en el desierto:- Comenzó a relatarnos -Fue en casa de un amigo en Villas del Carbón...-.

-¿Y alucinaste fuerte?-.

-Yo no lo llamaría alucin; más bien es una vibración bien acá: ves a la gente diferente: las caras; no te la acabas con las caras: se transforman, se ven chistosísimas. No se cómo explicarlo: es algo que no se puede explicar: es una vibra bien extraña-.

-Que buena onda. Ay: ya quiero comer peyote: se me hace agua la boca-.

-¿Y de los judiciales?- Cuestioné.

-Yo nunca vi: pero me han contado que si hay muchos-.

-¿Falta mucho para que salgamos?-.

-Pareces niño Isaac-.

-Es que ya quiero llegar...-.

-Nos hubiéramos ido en coche- Dije.

-Se pierde el chiste: desde que te subes al tren, llegas allá en medio de la noche, ¿trajeron lámparas verdad?- Asentimos - Vas y le tocas a una vieja para que te deje hospedar, sales al desierto en busca del peyote, lo cortas con tus propias manos y te lo comes...-.

-¿Pero qué sentías en el viaje?-.

-Es que no es un viaje: yo alucinaba que le salían tentáculos de luz a las plantas y cuando cerraba los ojos veía uno como pulpo que me hablaba y me enseñaba muchas cosas-

-¿Un pulpo?-

-Algo loquísimo...-

-¿Qué hora tienes?-

-No sé: no traigo reloj, ¿tú sí?-

-Yo tampoco-

-Que coincidencia, ¿no?- Dijo Abimael -De las veces que he ido a comer peyote nadie trae reloj-

-Yo iba a traerlo, pero si vamos al desierto me lo pueden robar o se me puede perder- Me excusé.

-No importa por qué no lo trajiste: el chiste es que nadie trae reloj nunca-

Me puse de pie. -Vamos a ver la hora: igual y ya nos dejan pasar: no se nos vaya a hacer tarde-

Los demás se levantaron también. Caminamos unos cuantos pasos y escuchamos a uno de los que cuidan la entrada anunciar un tren hacia Monterrey, Laredo y otros estados.

-¿Le preguntamos?-

Nos acercamos y le enseñamos los boletos. Nos dijo que podíamos pasar de una vez. Así lo hicimos, y tras buscar el andén indicado abordamos el tren en la primera clase.

Examiné detalladamente el interior del vagón: las ventanas rotas, los asientos desgastados, sucios y viejos.

-Es una lástima que los trenes estén tan mal cuidados aquí: que diferencia con Europa- Dije.

Me asomé a otro vagón: Primera Especial. Se veía bastante cómodo y acogedor, o al menos, mucho más que en el que estábamos.

-¿Qué boletos compraste?- Pregunté -Porque ese vagón se ve mucho mejor que el nuestro-

-No sé- Respondió Abimael. Los vi y leí en ellos Primera Clase.

-A lo mejor nos equivocamos de vagón porque éste parece de segunda y no de primera-

Le preguntamos al garrotero, pero nos respondió que para donde nosotros íbamos el vagón de Primera Especial no llegaba.

Al fin, y luego de meditarlo por largo rato me resigné a viajar en un vagón de primera que más bien lucía como uno de tercera.

Nos sentamos en nuestros respectivos lugares y aguardamos a que sub pronto empezó a avanzar el tren la traviesa hermana comenzó a pelear con el hermano: una serie de gritos, lloridos, acusaciones y peladeces volaron por los aires. Nos miramos Abimael y yo y nos reímos para nuestros adentros: que insoportable es tener que viajar con niños llorones. Con un poco de suerte bajarían en Querétaro o antes.

El garrotero revisaba los boletos, y tan pronto como llegó a la mujer con los tres niños presté atención para saber hasta dónde iban.

-Catorce- Dijo la señora.

-También van a Catorce- Le dije a Abimael.

Llegó a nosotros y le pidió los boletos a Abimael. Los vio con recelo y gritó a todo pulmón: -¡Ah!: tres que van a San Peyote-.

Nos echamos a reír nerviosamente: que falta de tacto, que falta de intimidad: todo el vagón se había enterado de que íbamos a Catorce a comer peyote.

-De regreso hacemos un cambio- Habló el hombre -Yo les doy mariguana y ustedes peyote-.

Asentí sin responder, con la cara roja de la pena y con una sonrisa tan falsa que estoy seguro se dio cuenta. La verdad es que no tenía muchas ganas de conversar: con los últimos problemas que había tenido con mi domina quería un poco de soledad para poder hacer una introspección hacia mi vida. Sabía que mis respuestas eran cortantes y agresivas, su indiscreción.

-San Peyotito- Murmuró Isaac -Que buena onda ¿no? Ya quiero estar allá en el desierto y probarlo-.

Estaba sentado detrás de nosotros, y a cada palabra que decíamos asomaba la cabeza por a por e nada-.

-Vamos a platicar- Dijo de entre los asientos para ver si también podía conversar con nosotros.

-¿De qué hablan?-.

-De nada-

-Vamos a platicar- Dijo.

-¿De qué?-

-De lo que sea: la guerra, el hambre: hay tantas cosas para platicar que...-

-¿Por qué no nos platicas algo?- Le pregunté.

En realidad buscaba un poco de soledad y alguien que me dijera qué tan bien o qué tan mal estaba lo que sucedía con mi novia.

No recuerdo bien de lo que Isaac hablaba, pero tan pronto como yo abría la boca para contradecirlo o para oponerme a sus palabras poco a poco se acababan sus ganas de continuar con la conversación, tal vez porque se daba cuenta de que no queríamos hablar.

Un tiempo más tarde se calló al fin y decidió dormirse

Teníamos unos párvulos enfrente que gritaban y lloraban y con los niños que no dejaban de dar lata y de gritar se hacía imposible siquiera dormir un poco. Abimael, ya sentado en otro lugar, miraba el paisaje desértico mientras que Isaac dormía plácidamente en los asientos de atrás.

De cuando en cuando se paraba, caminaba hacia la salida y fumaba un cigarrillo. A veces yo lo acompañaba, y a veces él me acompañaba a mí, pero tratar de hablar con Isaac era introducirse en conflictos existencias que al menos yo ya creía haber superado hacía mucho.

-Yo prefiero no dormir en el tren- Me dijo Abimael -Porque así puedo dormir bien en la noche-

La conversación también se terminó entre nosotros dos. Me dediqué a escribir un rato.

El tren prosiguió su lento curso. Todo en el misterio de cada parada, donde a veces se tardaba algunos minutos y donde otras pasaban eternidades completas antes de que volviera a su lento movimiento. Comimos luego de Querétaro adentro del tren: cinco tacos por tres mil pesos y un refresco para tragarse la dura tortilla de la cual se dificultaba el precisar cuándo había sido hecha.

Como estudiantes de clase media, conscientes de la ecología y de los problemas que causa la basura guardamos

nuestros desechos orgánicos en una bolsa de plástico, que a final de cuentas arrojamos por la ventana porque el tren carecía de botes de basura.

Vendían todo en cada parada: refrescos en bolsas de plástico de a mil pesos, quesadillas, tacos, comidas corridas, llaveros con navaja y destapador, pero a precios tan accesibles que hasta se hacía difícil creer q por ese precio vendieran cosas aceptablemente buenas.

Ya no me sorprendía, y no dejaba de cuestionarme por qué había aceptado a viajar en condiciones de depauperización terribles si bien podíamos ir en mi coche hasta San Luis.

Muy pronto se hizo de noche. En ese trayecto habían hablado de los libros de Castaneda, de cómo hacerse guerreros con el peyote y de todo lo que se necesitaba para comerlo.

Cuando llegamos por fin a San Luis Potosí, y a todavía tres horas de nuestro destino final, sentados en asientos completamente distintos a los que nos correspondían, no nos percatamos que en pocos minutos ya se había llenado el tren y recelosos de sus lugares, los norteños no nos dejaron sentar.

Al parecer, habían vendido nuestros asientos una vez más porque no se tiene control de ello.

Luego de una ardua discusión, y de unos ojos que parecían iban a comerme en vida, el tipo, junto con su esposa y sus niños desalojaron nuestros lugares.

Algo reconfortante fue sentir el apoyo de la gente, que afirmaba nuestro derecho a ir sentados. Sólo esperaba que aquel no fuera a donde nosotros, porque un machetazo en la cabeza era lo que recibiríamos de él si lo volvíamos a topar.

En nuestros lugares platicábamos en voz muy baja Abimael y yo: al menos mientras pasara un rato y nos sintiéramos nuevamente seguros de nosotros mismos.

Miraba al piso, y me daba cuenta de que los lugares que habíamos mantenido limpios todo el trayecto, no habían tardado en ensuciarse en menos de cinco minutos: restos de pollo tirados en el suelo, refresco que se pegaba a los zapatos, un ciento de arroces caídos y otro tanto de papeles.

Hasta entonces comprendí verdaderamente lo puercas que podían ser las personas: cerdos a quienes no les importaba

mantener limpio un sitio porque al final lo ocuparían por algunas horas, y no más allá.

Eran, en definitiva, aquellos desgraciados proletarios, provincianos de la masa popular, la gente más cochina del país, y la causa, sin duda alguna, de que éste no progresara en lo absoluto.

Una hora más tarde ya estábamos más relajados, y yo ya me había cansado de criticar a los pobres y de odiarlos como nunca.

Isaac asomó la cabeza desde su lugar y empezó a relatarnos una película con lujo de detalle.

Abimael y yo nos mirábamos con sorpresa: ¿Cómo era posible que nos contara una película y nos describiera cada movimiento y cada diálogo de la misma?

No conforme con la primera, nos relató una más: ya no preguntábamos, ya no hacíamos gestos, solamente lo oíamos hablar y hablar sobre el cine, sobre las tomas y sobre las películas que lo habían impresionado.

Se cansó luego de un rato y se durmió. Lo criticamos dormido y no entendimos cómo es que se había atrevido a semejante estupidez.

Mirábamos como los cigarros que arrojábamos a las vías se mantenían encendidos por largo rato y no se perdían de vista: todo era recta, todo era noche abrasadora, invisible y oscura.

Un pueblo antes de Catorce se bajó el tipo con el que habíamos tenido la discusión de nuestro lugar. Quise disculparme, pero ni siquiera me vio cuando veía al vacío.

Me sentí mejor de saber que no se bajaría con nosotros.

Quince minutos más tarde se detuvo el tren en Catorce.

Adelante de nosotros, una pareja de hippies tan sucios que llevaban consigo una tienda de campaña desarmable y todos los pormenores necesarios para dormir al aire libre.

Por un momento me sentí atraído de lo que hacían, y por un momento me imaginé como ellos con mi novia: la perspectiva que se me presentaba no era nada fácil, y muy al contrario, llena de un espíritu que no tenía, llena de un valor extraño y de unas ganas de vivir tan intensas que nunca podría sentir en vida.

No era para mí; acostumbrado al lujo y las cosas fáciles.

Ser un andrajoso de esos era una tarea que no podría realizar.

Pero esos pensamientos no importaron mucho cuando saltamos a la tierra y nos encontramos de noche en mitad del desierto.

LA ÚLTIMA VISTA DEL DESIERTO

Abrí los ojos pesadamente, como si la noche anterior hubiera tenido una fuerte borrachera. Me enjuagué los párpados. Abimael estaba de pie junto a mí: hacía su maleta como si nada hubiera pasado.

De pronto recordé que estaba en el desierto, en un pueblo llamado Catorce donde habíamos ido a probar peyote.

Tenía urgencia por llegar a mi casa, por disfrutar mi cama y por hablar con mi novia. Ya quería estar arriba de ese horrible tren y no quería volver a saber nunca de ese endemoniado pueblo.

Me incorporé en la cama. Ahora los dolores eran mayores: las articulaciones, los músculos fríos me recordaban una caminata como jamás en vida había imaginado podría realizar.

Me llevé la mano a la frente. Cuando menos ya se me había quitado la fiebre que me apesadumbró en la madrugada.

Traté de recordar mis sueños vanamente. Estaba cansado, y hasta ponerme los tenis me era doloroso.

Me cambié la sudorosa camiseta y vestí con una limpia mi cuerpo.

Escombré la maleta y la cerré.

La bolsa con el polvo del peyote triturado apareció ante mis ojos.

No quería saber más nada de esa cosa, de esa introspección que me causó llanto, risa, miedo y temas filosóficos que no valía mucho la pena recordarlos en ese momento.

-¿Lo vas a querer tú Abdú?- Le pregunté con la bolsa en la mano, temeroso siquiera de que por un descuido el amargo sabor fuera a entrar por mi boca.

-¿Tú no lo quieres?- Preguntó.

-Toco madera dos veces: en mi vida me vuelvo a meter esta porquería-.

Isaac nos observaba sin decir nada, como muy lejos de donde estábamos, o quizás demasiado entrado en las múltiples personalidades con las que tuvo que lidiar el día anterior.

-Te lo deberías llevar- Dijo Abimael.

-No; ya tuve suficiente, ¿lo vas a querer o lo dejo aquí?-.

-Yo ya llevo mucho también-.

-Se lo voy a regalar al español...- Con la bolsa en la mano salí de la habitación y caminé a la puerta del otro inquilino, pero no me atreví a tocar, pues de cualquier manera, ¿quién era yo para despertar a alguien de un sueño profundo?

-Está dormido- Dije al volver.

-Se lo dejamos a la doña y le encargamos que se lo de cuando lo vea, ¿no?... Deberías llevártelo-.

-Yo por mí lo tiraba en el excusado-.

Hicimos los últimos arreglos antes de salir en la espera del tren.

Habló Abimael: -Dejamos el cuarto hecho un asco-.

-Yo no limpio ni madres; la pinche vieja no se ganó mi respeto: por mí puede irse al infierno, además son unos abusivos con los turistas, y por lo que pagamos, cuando menos que le cueste trabajo desquitar el dinero que nos quitó-.

-Deberíamos limpiar esto- Abimael me vio, Isaac también: comenzaron a levantar los papeles y a escombrar un poco el cuchitril.

Levanté mis piedritas del suelo.

-¿Ya viste Abdú?- Le enseñé una piedra y me sorprendí. - Ayer había visto esta piedra azul y es blanca-. Era extraño; una realidad que parecía absoluta cambiaba radicalmente de la noche a la mañana.

Tenía el cabello seboso, y aunque las ámpulas en los pies me dolían en el fondo del alma, trataba de caminar de lo más normal para aparentar ante mis compañeros que estaba mejor que nunca.

Nos despedimos de la doña, no sin que antes Isaac se viera timado por un queso de los que vendía la mujer.

Caminamos a la estación y compramos los boletos para el tren. Nos dijeron que no tardaría más de media hora en llegar.

Aprovechamos ese tiempo para ir a la tienda y comprar un poco de alimento para el hambre. Yo compré unos chocolates y un refresco: no tenía ganas de otra cosa.

Allí, en un árbol que estaba a unos cuantos metros de la estación nos sentamos los tres. Las hormigas corrían por nuestros cuerpos como una invasión de insectos.

Me dio un vuelco el estómago. Si bien era cierto que cuando salía de viaje no iba al baño por días, esa ocasión era un tanto especial. El retortijón se hizo más fuerte. No aguantaría hasta la ciudad de México, pero tal vez podría esperarme a subir al tren para ir al baño.

Tenía una alergia en el brazo y en las ingles.

El transporte: se había retrasado media hora pero no tardaría mucho en llegar.

-Yo creo que voy al baño Abdú-.

-Te acompaño- Dijo -Yo también quiero ir al baño-.

Nos encaminamos a la casa: ahora, tal vez por el dolor de los músculos, o quizás por una nueva perspectiva, las distancias se volvían descomunales y neurotizantes.

Calculé la distancia: en caso de que llegara el tren y estuviera en el baño, tendría cuando menos cinco minutos para correr hasta él, y con la adrenalina en alto fácilmente podría recorrer esa distancia en pocos segundos.

Me metí a la pestilente letrina, que más bien era una fosa séptica y me di gracias por ser prevenido y llevar papel. El olor a excremento, orines y podredumbre era penetrante y asqueroso. Me bajé los pantalones y con las manos me sostuve para no tocar la sucia tapa con las nalgas.

La tierra se cimbró. Me subí los pantalones y salí a la calle. Abimael ya corría a unos cuantos metros míos. Sin hacer caso del dolor de mis pies apresuré la marcha.

De pronto se reventó un ampolla. El pie frescamente mojado me dejó de doler inmediatamente. En verdad había sido reconfortante una ampolla menos en mis pies.

Isaac, con rostro de preocupación, nos hacía señas a lo lejos.

Crucé la vía, pero había sido una falsa alarma: aquel tren no era el nuestro.

Preguntamos nuevamente acerca de nuestro tren, pero seguía retrasado. Nos volvimos a la casa.

-¿Me puedes guardar un poco de papel?- Preguntó Abimael.

Asentí con la cabeza, pero me di cuenta de que no sería suficiente para los dos.

Regresamos a la letrina y al fin pude descargar esa pesadez en mi estómago que provocaba la dolencia en mis tripas.

Me sentí mucho mejor y más relajado. Le di una pequeña tira de papel y esperé a que saliera la basura que seguía dentro de mí.

El sol brillaba intensamente en el cielo. Todo había sido tan situacional para nosotros: no me imaginaba con un sol abrasador en mitad del desierto. Apenas y habló: no me importaba si era nuestro tren o no: primero haría salir toda esa porquería que se retorció en mis intestinos.

-¡El tren!, ¡Apúrate!-

Maldije en silencio, me subí los pantalones de golpe y eché a correr. El sonido entraba por todas partes.

Abimael se reía fuertemente. Tal vez por mis señas obscenas o quizás por la forma en que lo decía.

Nos dirigimos a la estación nuevamente, y allí nos dijeron que no sabían nada del tren.

Cruzamos las vías y nos fuimos a sentar en una banquita del parquecito enfrente de nosotros.

Isaac prefería estar solo: ora caminaba por las vías, ora se sentaba en otra banca, ora se tiraba boca arriba en el suelo.

-Ese buey se quedó en el viaje- Hablé y suspiré. Un exquisito vahído donde se fusionaban mil sensaciones a la vez.

-Su lección estuvo muy cabrona-

-Es que está muy cabrón-

-¿Y tú cómo te sientes?-

-Es algo extraño, cabrón: es como si todavía me quedara algo, pero muy leve, pero está bien ¿no?: es como una resaca, pero ya me siento bien: ayer, ¡qué barbaridad!: no me la acabé. No, pero no; ya me siento bien-. Suspiré nuevamente.

-Estábamos ayer muy preocupados por ti-.

-¿Por mí?-.

-Te pusiste muy loco, y luego por la forma en cómo te movías: parecías un viejito-.

-De la cadera para arriba estaba completamente bien, pero las piernas no las podía ni mover- Encendí un cigarrillo.

Abimael se rió: -¿No que ibas a dejar de fumar?-.

-Más bien me di cuenta de algo: me gané el derecho de fumar cuanto yo quiera. Me demostré a mí mismo de lo que soy capaz, y por eso ahora si puedo darme el lujo de fumar lo que me venga en gana-.

-Está cabrón-.

Asentí con la cabeza. La banca empezó a poblarse de insectos rojos asquerosamente repulsivos. Vi uno; Abimael me observaba.

-¿Les tienes miedo?- Preguntó.

-Me molesta que estén aquí- Con el dedo mandé uno a volar. Aplasté otro con la mano.

Sentía repulsión por ellos, y hubiera querido apachurrarlos a todos de una buena vez, pero tenía que guardar apariencias para que Abimael pensara algo que en realidad no sabía qué era: él tenía una imagen de mí, o cuando menos se había hecho una imagen de mí en este tiempo que habíamos convivido juntos, y no podía, tal vez, o no debía, defraudar ese pensamiento.

-¿Ya se te quitó el miedo a las arañas?-.

-La fobia la tengo todavía, pero me da flojera ponerla en práctica: gastaría mucha energía si me asustara y es lo que más necesito ahora: energía-.

Nos miramos y nos reímos, suspiramos y no dijimos nada: era como si nos transmitiéramos los pensamientos o las ideas.

-¿Crees que tarde mucho el tren?-.

-A veces se retrasa hasta cuatro horas, ¿por qué, te molesta?-.

-Está bien: todo está bien-. Se rió.

Pasó el español frente a nosotros.

-¿Qué pasó, ya se van?-.
Asentimos.

-Te dejamos una bolsa con la señora-.

-¿No la quieren?-.
-No, pídesela a ella-.

-Ese polvo es un poco fuerte; probé un poco en la mañana y me ha revuelto el estómago: voy a comprar algo de comer para que me lo asiente porque tengo asco-.

Lo miramos sin decir nada.

-Sólo vinieron a comer y ya se van- Dijo.

-¿Te vas a quedar más tiempo aquí?-.
-No lo sé: un par de días tal vez...-.

Se hizo un largo silencio.

-Bueno, que tengan buen viaje y mucho gusto-.

Nos despedimos con sonrisas y comentarios silenciosos.

Se perdió entre las empolvadas calles de Catorce.

-Es cierto lo que dijo- Habló Abimael -Solamente vinimos, comimos peyote y ya nos vamos... no nos importó ninguna otra cosa: ni el pueblo ni la gente ni nada-.

-Si verdad-. Podía entender lo que me quería decir, y podía empezar a molestarlo otra vez, pero no tenía ánimos de hacerlo.

Él, que había llegado con una idea del peyote sagrado, él, que ante todo buscaba misticismo no había hallado nada de eso.

-Lo que si me dolió ayer fue cuando dijeron que si se corta el peyote con metal se muere la planta. Yo no sabía eso, y me entristeció saberlo-.

No dije nada. Pensaba que quizás esa había sido su lección: lo sagrado y lo místico no era para jóvenes de ciudad como nosotros, y además, a mí me había molestado más el hecho de que cortara tantos peyotes. ¿Cómo una persona que se dice ser respetuosa de la vida y del desierto se atreve a vejar tanto, tan solo para llevarle a sus amigos, el cacto al que supuestamente respeta?

Dentro de mi desprecio al desierto había más respeto del que Abimael podía ofrecer: el dejar el polvo del peyote había

sido una reflexión de pocos segundos y en la cual no me había detenido para pensar en ella, pero muy dentro de mí, sentía que llevar peyote a la ciudad era robarle al desierto lo que nos había brindado para comer allí mismo.

Pero nada importaba, yo también seguía siendo el mismo fresita pendejo que no entendía ni madres del misticismo.

No me podía quejar: era cierto que había sido bastante benigno con nosotros, y debajo de mi coraza donde todos veían que maldecía ese lugar en voz alta, había una humildad mayor a la que Abimael profesaba a todo pulmón. Respetaba tanto el desierto que le tenía miedo, y asimismo no me interesaba llevarles peyote a mis amigos, porque Catorce me lo había dado de buena gana para que lo comiera allí mismo.

La próxima vez que quisiera probarme a mí mismo regresaría a Catorce, por lo demás, y si quería volver a drogarme con peyote, sería más fácil conseguirlo en la ciudad.

Era algo confuso y contradictorio: el desierto me había enseñado que no me haría alucinar, sino, y muy al contrario, confrontarme conmigo mismo para ver de lo que era capaz, y ahora que ya sabía lo que podía hacer con un poco de voluntad no necesitaba en lo absoluto volverlo a repetir: ya me había ganado el derecho de comer peyote cuantas veces quisiera sin tener que soportar el suplicio del tren, la soledad de los pensamientos que se me revolvían en el cerebro con el miedo de que quizás nunca volviera a ver mi casa.

El misticismo estaba dentro de mí, no dentro de mis actitudes, ni tampoco estaba en ir a cortar al desierto el mismo peyote: todo, absolutamente todo me lo había ganado al ir al desierto y enfrentarlo.

Las actitudes eran poca cosa, pues el verdadero penitente no necesita hincarse para hacer saber a los demás que demuestra un serio respeto a los demás.

-¿Y si nos vamos en camión?- Pregunté.

-No hay camiones: la única manera de llegar o de irse de aquí es por tren-.

-Hay una camionetita que te lleva fuera de este miserable y asqueroso pueblo- Reflexioné: lo mejor sería esperar el tren.

-El desierto no fue para ti, ¿verdad?-.

-No- Respondí sonriente. -Ya me di cuenta de que soy un chico de ciudad y que no necesito nada de esta mierda para ser feliz-. No tenía ánimos, tampoco, de contarle mi entera reflexión.

-Es que es un rollo más bien sagrado: tú venías con la idea de alucinar y el peyote es algo más místico-.

-Es una mierda- Respondí y me reí para mis adentros. Lo único que quería era subirme al tren y llegar prontamente con mi bien amada para contarle lo mucho que había aprendido, lo mucho que la amaba y lo mucho que la necesitaba.

-Pinche Isaac: ese buey se quedó en el viaje- Dije.

-Su rollo estuvo muy cabrón-.

-Pues es que está muy cabrón-.

El tren se aproximaba en la distancia. Cuando menos ya habían pasado dos horas.

Cruzamos las vías con rapidez y vimos al jabalí de metal aproximarse en lontananza.

Los rieles comenzaban a expandirse, a producir un sonido aterrador y funesto. No podía imaginar, con ese terrible ruido y con esas fuertes vibraciones, cómo era que la gente era muerta cuando se quedaba dormida en las vías del tren.

La máquina se aproximó como una visión.

Los tres, nerviosos y excitados de que por fin regresaríamos a nuestra ciudad, nos dejamos llevar por las demás personas que también abordarían allí.

Enorme, monstruosa y terrible, la máquina pasó junto a nosotros y comenzó a frenar.

La gente empezó a correr. Nosotros hicimos lo mismo: nerviosos, apurados, neurasténicos y con la resaca que nos regalaba pensamientos fuera de tiempo y de lugar todavía.

Ni siquiera bajaron una escalera para que subiéramos, y como ganado nos trepamos como pudimos al vagón.

Fui el último en subir, y apenas yacía tirado en el suelo porque la

hacinación de las personas no me dejaba poner en pie, el tren empezó a moverse.

Miré por la ventana y en silencio me despedí de aquel manchón amarillo que resaltaba en el verde seco del desierto.

NO TAN LIBRES DE PELIGRO

Los olores y los cuerpos sudorosos unos contra otros. Las respiraciones entrecortadas y las pláticas reducidas a murmullos entre peladeces y carcajadas histéricas.

-No mames cabrón- Me Dijo Abimael con una gran sonrisa -Aquí se comprueba la impenetrabilidad de la materia-.

Me reí. Trataba de apoyarme en una sola pierna porque los dolores se acrecentaban. Era imposible que me cayera: la misma gente me sostenía en vilo.

Pasarían tres horas todavía antes de que llegáramos a San Luis Potosí y en ese tiempo no podríamos sentarnos.

Quince minutos después llegamos al siguiente pueblo. Bajó un poco de gente pero subió más todavía. Aprovechamos para introducirnos al vagón de segunda clase porque el de primera tenía un acceso bastante restringido.

No había mucho por decir: una clase marginada, en su mayoría vendedores que compartían sufrimientos comunes.

Me hice un lugar en el suelo y me senté sobre mi mochila. Abimael y yo compartíamos miradas sobre la experiencia que habíamos tenido.

Oíamos lo que hablaba la gente: -Esta pendeja llegó después de nosotros y por ser vendedora no tiene más derecho que uno-.

-Vaya y chingue a su madre-.

-Usted también: pendeja-.

-Cervezas de a cuatro mil- Dijo un hombre con una bandeja sobre el hombro.

Se podía ver ahora más marcada una clase social totalmente proletaria, necesitada de un medio de transporte más eficaz, pero que a manera de obligación y resignación se sobrevivía en ese pestilente tren.

-Está cabrón ¿verdad?- Me preguntó Abimael.

Pensé en su pregunta: ¿a qué se refería?; ¿al peyote, al desierto, al tren, a la resaca, a la gente o a la impenetrabilidad de la materia?

Quizás a todo, tal vez a esa totalidad que habíamos vivido desde que decidimos ir al pueblo que ya se quedaba atrás en la distancia y en nuestros recuerdos.

Asentí con la cabeza y traté de dormirme, pero la gente pasaba; los vendedores, los viajeros y la tripulación de déspotas que permitían esa asquerosidad en el tren.

Se detuvo el tren en la siguiente parada, pero esta vez subió tanta gente que no pude permanecer sentado. Me puse de pie y caminé al pasillo para adentrarme un poco más donde en lugar de personas se daban maletas, bolsas de comida y suciedad y media que le impedían a uno mantener el equilibrio.

Las piernas me dolían, y el cansancio me atormentaba como un monstruo inmenso dentro de mi cerebro. Lo único que me mantenía en pie era la ilusión de que al fin íbamos en camino de regreso.

-¿Ya se regresan tan pronto?- Dijo una voz a mis espaldas.

Giré sobre los talones y reconocí al mal encarado aquel con quien habíamos tenido el problema de los asientos antes de llegar a Catorce.

-Sí, si- Respondí. Miré a Abimael desconcertado: la sonrisa del tipo me parecía extraña.

Me dio la mano y la apretó calurosamente.

-¿Y usted qué hace aquí?- Pregunté.

Soltó una fuerte carcajada, como si hubiera contado un chiste o dicho una estupidez.

-Yo trabajo aquí- Respondió.

Me sonreí. Aparte del cansancio, la incertidumbre de que de un momento a otro me fuera a apuñalar o a quererme golpear, los efectos del peyote, y allí fue donde me di cuenta, no habían desaparecido del todo en mi cerebro.

-¿Y ustedes?, ¿trajeron mucho?: vienen bien cargados ¿eh?-

Estudí la pregunta y tardé unos segundos en responder. - No; más bien consumimos en el desierto y dejamos todo-.

-No creo: ustedes vienen bien cargados-.

Me reí.

-¿Y no tienen lugares?-.

Negué con la cabeza.

-Ahorita les consigo un lugar: allá adelante hay uno si quieres asomarte-.

Me volví a sonreír y voltee a ver a Abimael: en sus ojos había la misma desconfianza que se gestaba en mi ser.

No lo podía entender: o aquel tipo era estúpido, o masoquista: nosotros le habíamos quitado su lugar y ahora me trataba como si fuera su amigo de siempre y hasta se ofrecía a conseguirme lugar.

Debía desconfiar, tal vez, o quizás, inocentemente, prestarme a sus amabilidades.

-¿Ahora si nos vamos a sentar en primera clase?- Le preguntó una mujer a sus espaldas. Debía ser su esposa.

Él me miró: yo hice como si no escucharan lo que decían y perdí la vista en la desolación del desértico paisaje.

-Si vieja: ahora si nos vamos a sentar en primera clase-.

-¿Cómo sabes?-.

-Ya hablé con un amigo y me dijo que nos va a dar un lugar en la primera clase-.

Me reí para mis adentros: no podía conseguirse un lugar para él mismo y quería conseguirme un lugar a mí. La gente, definitivamente, no podía ser tan estúpida.

Entre mis pensamientos, el sopor del tren, mi cansancio y el sueño ya no vi para dónde se fue: mejor así: entre más lejos de mí mejor.

Después de varias paradas, de varias horas y de diferente convivencia con personas de otro nivel de vida, pude conseguir un lugar para sentarme al fin.

Apenas me senté cerré los ojos y me quedé profundamente dormido. Isaac se sentó junto a mí, Abimael dormía también en el asiento de atrás.

Faltaba poco para llegar a San Luis, y tan pronto entramos en la ciudad, ya no nos importó cambiarnos de lugar ni irnos al vagón que nos correspondía. Mientras estuviéramos cómodamente sentados, aunque el sol nos diera de frente, no importaba mucho dónde durmiéramos.

Entre sueños arribó el tren y se detuvo. Cuando menos ahora solamente estábamos a un paso del Distrito federal, pero ya no importaba mucho, no del todo.

Los tres nos sentíamos a gusto, relajados y felices.

Alguien me tocó el hombro con fuerza: Un prieto con un diente de oro y con balas que colgaban de su cinturón.

-Judicial Federal- Dijo -Baje del tren-.

Volteé a ver a Isaac: -Son judiciales- Dije. Me miró como si no supiera de lo que hablaba y se volvió a dormir. En un acto de enojo quise delatarlo, quise que corriera la misma suerte que nosotros, pero si a él no lo habían llamado, ¿qué? Pasé por encima de él.

-Que te bajas cabrón: somos judiciales-.

Lo único que me dolía era perder mi asiento. Pensé con rapidez: no tenía mucho qué perder: mi maleta estaba limpia y no tenía nada que me inculpara en ella.

Me puse de pie y eché un vistazo a la terminal. Abimael estaba abajo con mi maleta y mis cosas en el suelo.

-¿Dónde está tu maleta?- Preguntó el hombre.

Entonces me asusté: ¿cuál era la maleta dónde Abimael había puesto el peyote? Isaac estaba medio dormido, y parecía no querer enterarse de lo que nos pasaba. Lo mejor sería dejarlo fuera del asunto.

Tomé una maleta, la de Isaac, y rogué al cielo de que no hubiera nada en ella. Bajé del tren. El tipo aquel me amenazaba y me decía que nos iba a ir muy mal, pero debía ser fuerte y no asustarme.

Abrí la maleta de Isaac y saqué las cosas. No había nada. Abimael discutía nerviosamente con el otro judicial. Yo más bien, aunque muy nervioso, aparentaba tranquilidad y no saber nada de lo que decían.

-¿Dónde está?- Preguntó uno de los hombres. Miré a mi alrededor y me percaté de que solamente eran dos. La gente parecía no enterarse de lo que pasaba.

-Yo no traigo nada- Dije -Esa es mi maleta y no hay nada en ella-.

-¿A qué fuiste a Catorce entonces?- Me preguntó.

-A comer peyote, pero yo no traje nada conmigo.

Consumimos allá y nos regresamos-.

-No te hagas pendejo: si te encontramos peyote te va a cargar la chingada, más vale que lo saquen ahorita cabrones-.

-Yo no tengo nada- Respondí normalmente.

-A ver: espérame tantito- Dijo Abimael, subió al tren y bajó con la tercera maleta.

No podía creer que fuera tan estúpido. Sacó la bolsa con los peyotes y la mostró.

-Estos vienen bien cargados- Dijo uno de los hombres -Nos los vamos a tener que llevar a la delegación-.

-¿A la delegación?- Pregunté.

Asintió uno de ellos.

-¿Podríamos pasar primero al destacamento de la Federal de Caminos?- Pregunté.

-¿A qué?-

Tal vez les podía haber respondido que mi hermano era capitán y que no habría ningún problema. -Para un parín- Dije.

-Que parín ni que la chingada: a ustedes se los va a cargar la chingada. No tienen una idea del pedo en el que se metieron: esto es droga- Señaló la bolsa -Y no está permitida-.

-Pero es para consumo personal- Argumentó Abimael.

-Es delito: tomen sus cosas y vámonos a la delegación-.

Metí la ropa en la maleta como pude. Mientras no me golpearan todo estaría bien, y si trataban de pasarse de listos, tendría que usar mis influencias en la Policía de Caminos para salir de ese embrollo.

-¿No nos podemos arreglar?- Preguntó Abimael mientras caminábamos por el andén.

Pensé en mi cartera: solamente tenía un billete de cincuenta mil pesos con el que le compraría algunas cosas a mi mamá y a mi novia, pero no había en ella ningún billete de menor denominación.

Me maldije a mí mismo por no tener cambio.

-¿Con cuánto te vas a mochar?- Me preguntó el asaltante de la judicial.

Saqué mi cartera.

-Es lo único que traigo- Dije y le mostré el billete.

-Ven acá: que no te vean-. Me jaló del brazo y me orilló contra un pilar.

Saqué el billete y se lo di.

-Si dicen algo se los carga la chingada-.

Nos subimos al tren sin decir nada. Sin decir nada, tampoco, nos metimos a la sección de primera clase y nos sentamos en un asiento un poco mejor cuidado que los otros en donde estábamos.

-Qué poca madre- Dijo Abimael con un rostro depresivo y triste. -Se llevaron todo el peyote-.

-Es que te pusiste muy nervioso, ¿por qué sacaste la otra maleta?-

-Porque me dijo que si me encontraba peyote me iba a ir mucho peor que si se lo daba por mi cuenta-.

Me alegré un poco: habíamos cortado demasiado peyote y no era justo para el desierto que nos había tratado con tanta benevolencia. Ahora lo devolvíamos, como algo más místico de lo que Abimael había podido suponer, pues desde un principio, yo me había opuesto a que cortáramos tanto pues vejábamos a la madre naturaleza.

-Estuvo muy raro ¿no?- Dijo. Yo lo escuché atentamente. - De toda la gente que había en el tren se fueron directamente hacia nosotros, como si ya supieran que traíamos peyote-.

-Alguien les ha de haber dicho-.

-A mí se me hace que fue el tipo ese que te saludó: ese les ha de haber dicho, porque estaba muy sospechoso: digo: yo no te hablaría bien por haberme quitado el lugar-.

-A lo mejor estaba en contacto con ellos ¿no?-

-A lo mejor no eran ni judiciales, ¿tú por qué les creíste que eran judiciales?-

-De hecho no traían pistola ni nos enseñaron ninguna credencial, pero me fui con la finta del cinturón de balas que llevaba-.

-Nos vieron la cara de pendejos-.

-Bueno, cuando menos Isaac me debe veinte mil pesos: con eso le compro unos dulces a Cecilia-.

No mucho después llegó Isaac y se sentó con nosotros.

-Que flojera- Dijo.

-Nos acaban de asaltar unos judiciales-.

-¡Ah!, ¿te cae?-

-Ves cuando te dije que me dejaras pasar: nos estaban asaltando, ¿a poco no te diste cuenta?, ¿qué no nos viste abajo con la ropa toda en el suelo?-.
-Pensé que estaban arreglando las maletas-.

-Y nos robaron todo el peyote. Carajo: tan buena vibra que traía y ya me deprimí-.

-Nunca nos perteneció- Dije en un murmullo -Ladrón que roba a ladrón...-. Pensé en lo que había dicho, pues en verdad nosotros también éramos ladrones al final, pues habíamos irrumpido en un medio desconocido al nuestro, habíamos maltratado al desierto y aparte le habíamos robado lo que nos ofreció de tan buena gana. No había ya mucho por hacer: a mí no me importaba en lo absoluto, y lo único que me dolía era pensar que no podría comprarle tantas cosas a mi novia como quería hacerlo.

Nos sentamos en asientos diferentes, y así se hizo la noche.

Isaac sumido en sus conflictos existenciales que le golpeaban el alma con fiereza. Callado, pensativo. Suspiraba de cuando en cuando, y prefería cerrar los ojos, y cuando le preguntábamos algo levantaba los brazos, fruncía el ceño o simplemente no respondía nada.

Abimael deprimido de que le habían quitado de las manos su sagrado peyote. Con la mirada melancólica y la mano en la frente veía la oscuridad de afuera. De cuando en cuando platicábamos, pero siempre me decía lo que habríamos podido hacer para evitar que nos robaran el peyote en San Luis.

Yo, por mi parte, ansioso de volver, ansioso de abrazar a mi novia y besarla y verter sobre ella todo mi amor. Seguramente, para esos momentos, estaría en Querétaro con unos amigos suyos y no la vería sino hasta dentro de tres o cuatro días, pero no importaba, no del todo, porque yo la amaba, y porque toda esa macro-totalidad que existía estaba completa y absolutamente bien.

Llegamos al fin a la Ciudad de México. Los tres, temerosos de bajar del tren aguardamos a que la demás gente lo hiciera.

Habíamos cambiado, y mucho, o cuando menos habíamos aprendido a ver la vida desde un punto de vista muy diferente al que durante tanto tiempo la habíamos visto.

Ya no había mucho qué decir.

Cada uno había aprendido su propia lección, y cada uno se llevaba, dentro de esa terrible y amarga experiencia, un dulce sabor entre los labios, como si la vida nos hubiera brindado una gran bendición de la que no éramos merecedores.

Salimos del vagón los tres, con mil cosas para hacer de ese momento en adelante, con una vida llena y en espera para que nos la comiéramos de un bocado.

Caminamos a un teléfono público. Era ya la despedida. Era ya el final de nuestro viaje y de nuestra aventura y ahora nos desconocíamos nuevamente porque los tres, de alguna o de otra forma, habíamos cambiado y aprendido algo.

Y así, con las miradas de los tres fusionadas en el frío aire de la terminal de trenes de la Ciudad de México nos dijimos adiós y nos deseamos buena suerte en silencio.

De cualquier manera todo, absolutamente todo estaba bien.

EPILOGO

Cuando volví a leer esta historia antes de enviarla con el editor decidí dejarla tal cual la había escrito: sin corrección de estilo y sin aclaraciones, porque la narración me pareció tan espontánea que cualquier arreglo la habría echado a perder y la habría convertido en otra cosa.

Sin embargo, es necesario poner al corriente al lector acerca de lo que sucedió con nuestras vidas un tiempo después, y es que ya han pasado unos 20 años desde que fui al desierto aquella vez.

Nunca pensé que la mezcalina del peyote fuera tan mala, pero Isaac se quedó en el viaje unos cuantos años más: Todos recordamos cuando en vez de responder a las preguntas del examen, le declaró su amor a Tere Valleprieto con frases tan vulgares que habrían apenado incluso a un albañil. A mí me lo

contó Tere, porque también era mi maestra. A Isaac lo corrieron de la escuela.

Abimael se quedó en el viaje y creo que hasta la fecha no ha bajado de él. La última vez que lo vi fue hace algunos años. Le toqué en su casa y se asomó por la ventana, pero no salió, porque sus papás ya habían cerrado la casa y se le complicaba mucho pedirles la llave para salir a tomarnos un café. A eso llamo yo quedarse en el viaje. Mi esposa me acompañaba aquella vez y puede dar testimonio de que lo digo es cierto.

En aquel desierto, en aquella ocasión me encontré sin darme cuenta con un demonio llamado Tamatz Kallaumari. Cuando subí al tren de vuelta al Distrito Federal pensé que nunca más volvería al desierto, sin saber que ese demonio me mandó a un desierto espiritual en el cual estuve perdido por más de diez años. Cada día era como si un celofán se desdoblara en mi cerebro para dar entrada a una nueva realidad, y cada realidad era la esperanza de que el viaje en mi cabeza hubiera terminado.

Hoy entiendo que estaba buscando a Dios en el desierto, sin saber que Dios no estaba en el desierto, ni en el peyote, sino más cercano de lo que pensaba, porque el día que lo invoqué desde lo hondo de mi corazón, ese día encontré la espiritualidad que tanto anhelé en el viaje a Catorce.